

UNA COLABORACIÓN PERIODÍSTICA OLVIDADA.

Ángeles Quesada Novás

Los artículos que presentamos hoy desde las páginas de esta revista, constituyen un buen ejemplo de aquello que sospechamos los estudiosos de la obra de Emilia Pardo Bazán y no es otra cosa que suponer la existencia de obra periodística de la autora perdida por olvido o negligencia. En este caso han tenido que pasar casi 90 años para que podamos saber de esta colaboración continuada de la escritora con un periódico madrileño, gracias a ello contar con estos artículos y sumarlos a los otros muchos aparecidos ya -o a punto de aparecer- en otras publicaciones.

La razón del olvido quizá se deba a que el periódico en que colabora: El Día. Diario de la noche de Madrid no forma parte de aquellas publicaciones en que la firma de la escritora asoma con mayor frecuencia, por otro lado, la colaboración no fue muy extensa, sólo dieciséis piezas, entre artículos, un cuento y una carta abierta.

El periódico en que publica esta colaboración Pardo Bazán resucitaba el título de un diario fundado por el marqués de Riscal en 1880, adquirido en 1886 por Moret y desde entonces subvencionado por el Gobierno alemán hasta su desaparición en 1895. En esta etapa la presencia de la escritora en sus páginas se circunscribe a una nota (el 14 de abril de 1887) en la que se da cuenta de la lectura de su conferencia “La revolución y la novela en Rusia” en el Ateneo de Madrid. Una nota muy elogiosa en la que junto a la admiración ante sus capacidades intelectuales (“... no trabajo de imaginación como son de ordinario los de las no muy numerosas damas que entre nosotros cultivan la literatura, sino un estudio sabio...”) se suma la alabanza a su aspecto físico (“Llevaba anoche elegante vestido ligeramente escotado sin otro adorno que algunas flores artificiales colocadas sobre la suave curva del bien formado pecho, y el negro cabello recogido, dejando ver la hermosa frente...”), sin que falte un atisbo de crítica en la alusión a la velocidad de lectura, excesiva según el cronista (“La excepcional novelista tiene en sí misma su mayor enemigo para la lectura.”), lo que no impidió que fuese seguida por el público con gran atención y aplaudida en varias ocasiones.

Años más tarde la cabecera El Día. Diario de la noche reaparece, dirigida por Francisco Gómez Hidalgo “con el fin de servir a la causa germana”

(Seoane, Sáiz 1996: 223)¹, lo que produjo algunos enfrentamientos con otros periódicos, llegando incluso a un par de duelos a espada entre el gerente Fernando Melgarejo y el director de otra publicación. En 1918 y a causa de las deudas contraídas pasa el diario a manos de una Sociedad de Estudios Económicos. Desaparece definitivamente el 30 de julio de 1921.

Desconozco las razones que impulsan a Pardo Bazán a firmar una colaboración con este diario, pero una hipótesis no demasiado arriesgada podría ser la de saber de la cercana desaparición de *La Ilustración Artística*, que efectivamente desaparece en diciembre de 1916 y con ello concluye una colaboración muy importante de Pardo Bazán, que se había prolongado a lo largo de bastantes años (de 1891 a 1916). Esta nueva colaboración en *El Día* no impide que la articulista aparezca en tres de los números de diciembre de la citada revista: el del día 4, el del día 11 y el del día 18, penúltimo número este de *La Ilustración Artística*. También desconozco las razones que se ocultan tras la desaparición repentina de su firma en *El Día* en abril de 1917, aunque puede que tenga algo que ver con la filiación progermánica del diario y el sincero afán de la escritora por mantenerse al margen de cualquier partidismo.

Aunque nos encontramos ante una colaboración pequeña -sólo dieciséis artículos-, resulta ser enormemente interesante porque, debido a la variedad de temas que contiene, se constituye en un ejemplo bastante claro de lo que fue la labor de Pardo Bazán como comentarista de la actualidad. Una labor prolongada en el tiempo: desde sus primeras colaboraciones como tal en 1877 en *El Herald Gallego* hasta aquellas ya cercanas a la fecha de su muerte en 1921 en *ABC*, *La Nación* o *El Imparcial*; una labor constante puesto que suelen ser colaboraciones semanales (*El Día*), quincenales (*La Ilustración Artística*) o mensuales (*La Nación*). Ambas circunstancias -extensión temporal y frecuencia de aparición- subrayan dos de los rasgos que singularizan a la escritora y son los siguientes: la disciplina intelectual, el tener que producir un artículo o más, al socaire de la actualidad, una o dos veces por semana significa mantenerse atenta y alerta en la recepción de la noticia para su

¹ “*El Día* era portavoz del germanófilo político liberal Niceto Alcalá Zamora. (...) colaboró con mucha asiduidad el aliadófilo Unamuno. En el intervalo entre su salida de *El Imparcial* y la fundación de *El Sol*, también Ortega se acogió a sus páginas (...) Colaboraban también su padre Ortega Munilla, y tres mujeres feministas, la condesa de Pardo Bazán, Margarita Nelken y *Beatriz Galindo*.” (Seoane, Sáiz 1996: 223).

posterior comentario; junto a ello y como segundo rasgo: una curiosidad que se proyecta hacia todo aquello que forme parte e influya en la vida social, desde lo más nimio hasta lo más contundente y cuyas consecuencias puedan afectar a la sociedad en lo más profundo.

Decía más arriba que el conjunto es representativo de esa forma de hacer periodismo y lo es sobre todo de su forma de hacer con respecto a los artículos quincenales que durante veinticinco años ha escrito para *La Ilustración Artística* de Barcelona cobijados bajo el título “La vida contemporánea”. Habida cuenta de que dicha revista deja de publicarse precisamente en el momento en que se inicia su colaboración con *El Día*, no debe extrañarnos ni la miscelánea temática ni el tono que el conjunto presenta puesto que podría pasar como una continuación de ese prolongado quehacer suyo, el cual se había caracterizado por usar de la actualidad como excusa para, desde su comentario, profundizar en el análisis sociológico y la exposición de su peculiar *Weltanschauung*.

Y ese es el rasgo común que caracteriza el conjunto que hoy presentamos, formado por los dieciséis artículos firmados por la Condesa de Pardo Bazán para *El Día*. Diario de la noche de Madrid, con aparición semanal -los domingos- en la página uno, entre el 3 de diciembre de 1916 y el 1 de abril de 1917.

Quince de ellos adoptan la forma expositiva habitual de la articulista, consistente en una corta introducción que sitúa el tema, a partir de la cual avanza en el mismo desarrollando a la par los pros y contras que le sugiera, sin que ello impida extender el comentario hacia otras parcelas, de índole más general y que aparentemente no guardan relación estrecha con lo tratado, así como el añadido de algún dato erudito y/o la anécdota personal. Eso no le hace perder el hilo de la exposición, por el contrario, hacia el final del artículo lo retoma y suele concluir con un párrafo o frase que contenga su visión personal y su postura ante los hechos.

La temática de que se ocupa en los quince artículos es diversa, desde la presentación de la llamada “Escuela del Hogar” o del “Taller Central del Encaje”, al recuerdo cariñoso y admirativo de personas ya muertas, la importancia de la moda y del diseño; hasta un intento por elucidar rasgos de la idiosincrasia del español, una breve incursión en el mundo de la filosofía, una defensa del uso de la lengua catalana y un tímido pero firme inciso para hablar de algo que la preocupa hondamente: la guerra .

Una situación esta, la de la guerra en Europa de la que no habla

directamente pero que se constituirá en el tema central del único cuento² que forma parte del conjunto. Se trata de la colaboración número 6 (7 de enero de 1917) y de un cuento de los llamados de circunstancias, es decir, aquellos que aparecen en relación con determinadas festividades anuales, en este caso la Epifanía, su título: “El error de los magos”³.

Aunque no son muy numerosos los cuentos escritos por Pardo Bazán para las fechas navideñas (no llegan a la cincuentena entre Navidad, Año Nuevo y Reyes), llama la atención la presencia de este cuento dentro de esta colaboración corta en el tiempo y lo hace por la singularidad del mismo, una singularidad basada en situar la localización temporal del relato no tanto en la contemporaneidad (algo que sucede en otros cuentos de circunstancias como “La Nochebuena del Papa” o “Sueños regios”) como en el año en curso -1917- lo que le permite hacer alusión directa a la guerra y a sus nefastas consecuencias, que ella concentra en la pesimista visión ofrecida en el relato de una humanidad que ha perdido la conciencia, la misericordia, la sensatez; una humanidad simbolizada en esa turba enloquecida que demanda de los Reyes Magos más y mejores armas para matar más y mejor y alcanzar así la victoria.

El cuento plasma de esta manera el estado de ánimo de la escritora ante los horrores de una guerra que se prolonga desde hace casi tres años y cuyo fin no se vislumbra; una guerra de la que ella no quiere hablar, pero cuya presencia se deja sentir con bastante frecuencia mediante alusiones a lo largo de casi todos los artículos.

Junto a este cuento se sitúa como excepcional dentro del conjunto, desde la perspectiva de romper con la tónica temática del comentario argumentado de la actualidad, el artículo número 11, de 18 de febrero, cuyo título “A los Quintero” nos indica que estamos ante una carta abierta, en este caso de respuesta a otra que los dramaturgos hermanos Álvarez Quintero le habían enviado a ella desde las páginas de este mismo diario el día 13 de febrero,

² Que la escritora deslizase algún que otro cuento entre sus colaboraciones periodísticas no era infrecuente, el método consistía en la simple sustitución del artículo correspondiente por un cuento, unas veces subtítulo como tal, otras con un título directo; en algunos casos incluso aparece el cuento dentro del artículo y en algún otro la frontera entre artículo y cuento es tan leve que dificulta la adscripción a uno u otro género. De esta presencia del cuento mezclado con el artículo habla en extenso J. M. González Herrán (2002: 209-227).

³ Este cuento olvidado ha aparecido en un trabajo firmado por mí (Quesada Novás 2002: 103-112).

en la que le reprochan la crítica que Pardo Bazán les dirige desde un artículo suyo, “Los tiempos de Isabel” (colaboración número 10, 11 de febrero)⁴.

El artículo contiene una dura crítica a los argumentos esgrimidos por los Álvarez Quintero en una conferencia dada unos días antes en el teatro Eslava de Madrid, dentro de un ciclo organizado por Gregorio Martínez Sierra a beneficio de una asociación llamada “Protección al Trabajo de la Mujer”. La actitud antifeminista que destila dicha conferencia provoca una respuesta irritada por parte de la articulista, que no duda en hacer extensiva la crítica a toda la obra de los dramaturgos. Estos darán respuesta en una “Carta abierta”, aparecida también en El Día, que, a su vez se ve replicada por el artículo “A los Quintero”.

Salvo estas tres colaboraciones (el cuento, colaboración nº 6; el artículo citado, nº 10 y la carta abierta, nº 11) que ya han sido presentadas en público, el resto del conjunto que hoy aparecen en estas páginas lo constituyen los siguientes artículos:

- 1.- “La Escuela del Hogar”, 3 de diciembre de 1916.
- 2.- “Viejo y nuevo”, 10 de diciembre de 1916.
- 3.- “Más vale tarde que nunca”, 17 de diciembre de 1916.
- 4.- “Azucarillos”, 24 de diciembre de 1916.
- 5.- “Del pasado”, 31 de diciembre de 1916.
- 7.- “Calor y calor”, 14 de enero de 1917.
- 8.- “Aracnes”, 28 de enero de 1917.
- 9.- “Gragea y bombas”, 4 de febrero de 1917.
- 12.- “Tomando el pulso”, 25 de febrero de 1917.
- 13.- “El bardo Gundar”, 11 d marzo de 1917.
- 14.- “Memento”, 18 de marzo de 1917.
- 15.- “Bagatelas y fruslerías”, 21 de marzo de 1917.
- 16.- “Zurciendo”, 1 abril 1917.

He dicho más arriba que esta colaboración, pese al corto número de artículos que la componen, es un buen exponente de su quehacer como comentarista de la actualidad ya que toca buena parte de los temas que con mayor frecuencia ha tratado a lo largo de su extensa carrera como tal. Las diversas teclas accionadas por Pardo Bazán en este conjunto confirman la impresión de que la articulista está muy atenta a lo que sucede a su alrededor

⁴ Ambos artículos de Pardo Bazán: “Los tiempos de Isabel” y “A los Quintero”, así como las dos cartas abiertas que los dramaturgos dirigen a la escritora y la conferencia que provoca la disensión forman parte de una comunicación presentada por mí en el *Simposio Emilia Pardo Bazán, estado de la cuestión* (A Coruña, 2, 3 y 4 xuño de 2004), en la que doy cuenta de las circunstancias en que se desarrolla este cruce de cartas. Aparecerán, pues, dichas colaboraciones en las actas del *Simposio*.

y es muy consciente de que en determinados medios culturales y sociales su voz, aunque ya muy veterana, sigue siendo importante. Es consciente también de que goza de un prestigio que avala sus intervenciones cuando toca hablar de ciertos temas, así como de que ella ha escogido aparecer ante el lector de una determinada manera: como una intelectual que no desdeña mostrar su feminidad, mejor dicho, que tiene mucho interés en mostrar esa faceta femenina de la que quieren despojarla algunos en función de sus capacidades intelectuales.

De forma que, a lo largo de los artículos, vamos a encontrarnos con la pedagoga, la luchadora -algo cansada, quizá- feminista, la erudita, la amiga, la patriota, la cosmopolita, la artista, la crítica, la comentarista política... en una palabra: la mujer moderna por la que lleva luchando ya tantos años. No quiere esto decir que cada uno de los artículos esté marcado por una de estas facetas, sino que todas ellas asoman con mayor o menor presencia en cada uno de ellos, así como asomarán diversos matices tonales, según el interés o la conmoción que en ella despierte el tema tratado: del emotivo al jocoso, del objetivo al condescendiente, del pedante al irritado.

Así, pues, en “La Escuela del Hogar” y “Aracnes”, dos artículos concebidos con la intención de publicitar otras tantas instituciones (en el segundo artículo se habla del Taller Central del Encaje, que ella preside) aparece la persona preocupada por la búsqueda de un camino nuevo para la mujer, en el que esta pueda acceder a una preparación y un trabajo que la dignifique y la independice. En ambos casos, junto a alguna llamada de atención a la situación general de la mujer, para que nadie olvide su postura beligerante (“... sobre todo a favor del único paria que ya va quedando...”; “La Escuela del Hogar”), centra estos artículos en la descripción de lo que de bueno tienen ambas instituciones tanto desde la perspectiva del funcionamiento como en lo que allí se produce; siempre desde la atalaya de quien se considera buena concedora del mundo considerado femenino (la cocina, los encajes, la modistería).

A pesar de que la intención es la mera presentación de dos instituciones, se observa una mayor cercanía emocional hacia el Taller del Encaje, puesto que nació a sus propuestas y eso se nota en la elección del título de los artículos, denotativo el de la Escuela, bastante connotado el del Taller; se observa también que no quiere dejar escapar la oportunidad para insistir en algunas de sus ideas recurrentes, así la crítica directa a una clase social -la suya- que prefiere los productos foráneos en detrimento de lo hecho en casa, de lo español: “Las damas, por su parte, a no ser que supongan que lo

extranjero, en el hecho de serlo, lleva indulgencias y bendición especial...” (“Aracnes”), con lo que ello influye en la economía nacional: “ Redimamos tributos, produzcamos para nosotros.” (“La Escuela del Hogar”).

Y no deja de ser muy interesante la complicidad que establece con el lector al comienzo del artículo “La Escuela del Hogar” (tercer párrafo), una complicidad basada en la reciprocidad de conocimiento, los lectores saben quién es ella y ella conoce bien a sus lectores, de ahí que no necesite presentarse y dé por hecho que sus lectores saben de quién está hablando y por qué lo hace. Una técnica muy parecida utiliza en el arranque de “Aracnes”: la interrogación retórica que solapa la seguridad de que sus lectores saben que la institución de que va a hablar depende en gran medida de su apoyo.

“Viejo y nuevo” y “Del pasado”, aunque desde un punto de vista estilístico e intencional son muy diferentes, versan ambos sobre labores de beneficencia. Frente al primero que adopta el tono cordial de quien presenta una actividad llevada a cabo por dos instituciones diferentes con las que simpatiza y a las que apoya (de ahí que se pare a pormenorizar las bondades de funcionamiento y resultados con un claro tono paternalista), el segundo se centra más en la descripción de la labor personal de una persona, en el bosquejo del retrato de una mujer a la que ha admirado y admira aún mucho: la marquesa de Squilache. Quizá esa admiración es la que produce el que este artículo sea con mucho el más personal, subjetivo y emotivo del conjunto.

Adopta este artículo, “Del pasado”, desde el principio el tono de una confesión de interioridades, de estado de ánimo melancólico que se incrementa con la percepción del paso del tiempo (“Es ya el pasado, disuelto en humo.”), con la necesidad de autodefinirse -algo bastante frecuente en ella, por otra parte- (“Soy enemiga de vacías idealizaciones. Además detesto los patrones convencionales.”) que remata con una eclosión sentimental: “Aquel hilo había pertenecido a “Pilar” (...) Los recuerdos se agudizaban, los recuerdos se transformaban en emoción...”; esa remembranza la conduce a la reflexión final (“... la imagen del mundo, que es caduca y pasa, pasa, pasa, como si dedos invisibles la borrasen de un espejo.”) en un intento de contener el alud de emociones que la fecha y el lugar le han removido. La evocación de la amiga muerta provoca, pues, ese momento de debilidad en que aparece ante el lector desprovista de sus armas habituales: el saber, la ironía, la indignación.

Emoción también en la necrológica dedicada a Eduardo Pondal, “El último bardo”, pero de otra índole. En este caso prima lo literario sobre lo

sentimental, tanto en el tono adoptado como en la relación con la persona evocada, tanto es así que, tras una introducción en que pretende acercarse estilísticamente al bardo, centra el artículo sobre todo en los valores literarios de la obra del fallecido, mejor dicho, en aquellos aspectos de dicha obra que a ella le atraían, mientras insiste en la crítica de lo que no le gustaba del poeta: “Por eso condené yo... (...) Cuando oigo hablar de un Pondal demócrata...” Se impone, no obstante, su interés por enfatizar determinados valores poéticos y, tras demostrar su conocimiento de los movimientos poéticos en curso, decide terminar el artículo utilizando el mismo tono lírico de la introducción.

En “Memento” (dedicado al dramaturgo Joaquín Dicenta, fallecido el 21 de febrero) volvemos a encontrarnos ante una necrológica si bien concebida con un estilo bien distinto; aquí no hay rastros de emoción ni de admiración por el “albañil romántico”, si acaso el respeto hacia el escritor o, mejor dicho, al hombre; de ahí que se extienda en relatar una anécdota que, a su juicio, lo retrata definitivamente y lo libera de lo que posiblemente para ella era una tara: los aspectos subversivos de alguna de las obras (indudablemente Juan José) de aquel a quien vuelve a denominar “poético albañil”: “Jamás supe ver en el impresionante drama algo social, algo que minase los cimientos del orden, sino un hermoso estudio del amor...”. La anécdota relatada influye, pues, en la visión amable, si bien algo condescendiente, que de Dicenta conserva la articulista y ese es el sentimiento que quiere transmitir.

Para nadie constituye una sorpresa el reconocer la aversión que Pardo Bazán sentía por todo aquello que supusiese subversión del orden social que ella defendía, lo que no es óbice para que deje asomar un interés por una reforma de los hábitos sociales, siempre y cuando dicha reforma se produzca dentro de unos límites marcados por la sensatez, el sentido común y algún que otro apunte de, una vez más, condescendencia. Así se manifiesta en ese apoyo a la reivindicación de los horteras que le ha sido pedida desde El Ferrol y recoge en el artículo: “Más vale tarde que nunca”.

La sensatez la lleva a argumentar primero desde un punto de vista clínico, desde el ejemplo dado por la legislación francesa y -mejor aún- desde “esa secreta organización moral de las Sociedades, que no está escrita sino en las conciencias...”. El sentido común y del orden hubiesen frenado esos “recientes disturbios” que no comenta y que de poco han servido a la hora de legislar. La condescendencia la lleva a demostrar con mil detalles lo arduo del trabajo de cualquier dependiente, así como el error en que incurre la sociedad española y su costumbre de “hacerlo todo tardísimo”, frente a otras sociedades de las que la cosmopolita Pardo Bazán ha aprendido a actuar con sentido social,

algo nada difícil de alcanzar como lo prueba el que la reivindicación de un horario laboral justo no es el camino del cambio, este vendrá de la mano de la reflexión conmisericordiosa de la sociedad: “Estoy segura de que si las señoras se hubiesen dado cuenta de que harían un bien, un acto de humanidad, con no comprar sino hasta las ocho, no dejarían de poner cuidado en ello. (...) y sólo con hacer tiendeear más temprano, ejercitarían, indirectamente, una obra benéfica.”

He dicho más arriba que uno de los temas recurrentes de Pardo Bazán es la queja por el desdén demostrado por la burguesía madrileña ante los productos nacionales; en los artículos “Azucarillos” y “Bagatelas y fruslerías” volvemos a encontrar esta crítica centrada una vez más en el mundo de la moda femenina (en el caso del segundo artículo) y en el de la gastronomía en el primero.

En este último, “Azucarillos”, la excusa para iniciar la crítica es felicitar por la aparición en Madrid de dos grandes hoteles⁵, para, a continuación, arremeter contra el público que los frecuenta “que no tiene el menor interés (...) en conservar su “yo” (...) En España y en su mismísima corte, hemos decretado que no es elegante nada que sea tradicionalmente español.”. Este será el leit motiv del artículo en el que asoman dos anécdotas, vividas ambas en Francia por la articulista, que no duda en esgrimir argumentos de corte determinista (“ Como en éxtasis, admiramos lo que viene de fuera, de otras costumbres, de otras necesidades, de otros climas, de otros tipos de raza, que no es la nuestra. (...) Lo que se come y lo que se bebe está necesariamente en armonía con la complejión y modo de ser de cada raza.”), en desplegar su cosmopolitismo gastronómico e, incluso, en hacer referencia a una obra literaria francesa para defender sus postulados acerca de la importancia de preservar lo genuinamente español. Quizá debido a que el tema de la protesta no deja de parecerle frívolo, decide rematar la queja con un párrafo jocoso (“¡Lagarto, a tocar madera! No permitan la Pilarica, la Moreneta, ni la de los Remedios, ni la de la Esclavitud, que en esto se difunda más todavía la civilización por las tierras del garbanzo!”) que contiene una crítica a la forma errónea de interpretar el término civilización.

En “Bagatelas y fruslerías” surge de nuevo el tema de la moda femenina en un artículo que adopta esta vez un tono didáctico (“esto es lo que quisiera

⁵ Indudablemente se refiere al Hotel Ritz, inaugurado el 2 de octubre de 1910 y al Palace, cuya construcción remata en octubre de 1912.

someter a la reflexión de mis compatriotas”) para abogar a favor de la creación de una industria de la moda en España. A lo largo de todo el texto se nota el conocimiento que tiene del tema del que se ocupa llegando incluso a esbozar una pequeña historia del despertar de la modistería y los problemas con los que esta se encuentra, basados en la carencia de obras primas y accesorios hechos en España. Reprime el tono crítico que caracteriza al artículo “Azucarillos”, lo que no es óbice para insistir en el esnobismo patente en la alta sociedad (“... hay tal vez superstición en suponer que lo extranjero es mejor siempre y en experimentar como vergüenza el reconocer que el traje que vestimos está hecho en Madrid...”) y en la necesidad de crear una industria que abastezca las necesidades del ramo: “porque el ideal de toda nación es producir en cantidad suficiente lo que había de pedir al extranjero...”

Y sin abandonar el mundo de los aspectos del vivir cotidiano -bien que observado siempre con una lente burguesa- en el artículo “Calor y calor” vamos a tropezarnos con el tema la importancia del diseño en los objetos domésticos, en este caso la reflexión la provocan los radiadores. Pero antes de entrar en materia no puede eludir la autora una pequeña aclaración de carácter erudito al contar la historia de los panes con rayos y a emitir una crítica, impropia de quien siempre ha defendido el progreso, para la que utiliza el tono quejumbroso de quien ya pertenece a otra generación: “Nos hemos vuelto muy epicúreos, nosotros que al estoicismo de la raza debemos cuanto valemos y somos (...) Hoy se desdeña al que no acolcha su morada y reparte en ella a cientos aparatos de espantable catadura, que se llaman radiadores...”

Manteniendo siempre ese tono de experta conocedora del arte desde hace mucho tiempo, hace un repaso de los útiles domésticos modernos que, según afirma, se caracterizan por “una fealdad triste y antipática”. De este aserto sale esa melancólica reflexión que corrobora la impresión de encontrarnos ante una persona mayor, mejor dicho, que se siente mayor, con la que remata el artículo: “Será esto, en mí, fatiga y saturación, mas también pudiera ser honda filosofía. Alguna vez hemos de dar por consumada la obra de inquietud.”

El artículo titulado “Gragea y bombas” es la respuesta de Pardo Bazán a dos sucesos que la conciernen de cerca y hondamente, el primero de ellos es la aparición de su nombre vinculado a la renovación de la Academia -una vez más-, con ocasión de un plebiscito orquestado por Gómez Carrillo; el segundo, menos personal pero no menos preocupante, lo constituye una Nota hecha pública el 31 de enero por el Gobierno alemán (tras el rechazo por las

potencias aliadas de una oferta de paz) en la que amenazaba con prescindir en adelante de limitaciones en la guerra submarina, sobre todo en las zonas que rodeaban a Gran Bretaña, Italia y Francia, de donde la neutralidad española se ponía en grave riesgo. A esta nota se suma otra⁶, de la que se hace eco *El Día* el 2 de febrero en la que se notifica el ofrecimiento del gobierno alemán del uso por España de los mercantes alemanes anclados en los puertos españoles, como signo de no beligerancia y apoyo al mantenimiento del comercio español con Sudamérica, sobre todo.

Como muy bien sostiene la articulista en la primera parte del artículo, el país no está para pequeñeces como la discusión sobre la Academia, tema que le parece secundario: “... todo lo de Academia y Academias me ha parecido mezquino y mínimo ante la terrorífica grandeza de lo que adviene, de la negra nube que avanza preñada de horror.” Sin embargo, tres días después volverá sobre el tema en una entrevista⁷ que ese mismo diario le hace, donde promete hablar en extenso en otra ocasión (“Pienso rasguñar un libro respecto a la Academia, y en él, a la vez que publicaré lo que yo llamo “el pleito”, expondré, de una manera amplia y documental, cuanto el tema me ha sugerido.”), a la vez que reitera que “no me parecen los actuales momentos los más oportunos (...) La guerra actual hace que en todos los problemas esté latente una interrogación, a la cual sólo podrá contestarse cuando la paz se firme.”

En el artículo que nos ocupa, tras soslayar el tema de la Academia no sin emitir una primera opinión acerca de él, se centra en el momento histórico que ella está viviendo de forma dramática y así lo demuestra: “Cuando probablemente estamos amenazados de la guerra... ¿lo oís?, de la guerra...”. No analiza más la situación, se limita a aconsejar al Gobierno para que actúe afrontando “los peligros, bravamente si puede, y astutamente...”, para desde ahí pasar a comentar con algún dato más literario que histórico el concepto de astucia en la política.

Aunque el artículo “Tomando el pulso” pretende girar en torno a una serie de lecturas y relecturas de obras varias, se observa que el fantasma de la situación todavía la persigue, puesto que el tema central gira en torno a

⁶ “Un ofrecimiento del Gobierno alemán. El presidente del Consejo debe hablar con toda claridad”, *El Día. Diario de la noche*, nº 13.238, 2 de febrero de 1917, p. 1.

⁷ “Lo que dice la Pardo Bazán de la Real Academia Española”, *El Día. Diario de la noche*, nº 13.243, 7 de febrero de 1917, p. 1.

la voluntad de los pueblos, mejor dicho, en torno a la falta de voluntad de España, con un tono cercano al regeneracionismo que ya ha utilizado en otras ocasiones. Deja ver en este artículo, un vez más, su afición a la lectura de obras sociológicas y filosóficas, así como su saber estar al día en ello; demuestra, también una vez más, su conocimiento de la índole de sus lectores al intentar relajar el tono doctoral del artículo hacia el final del mismo (“¡Vaya un articulo!, oigo que exclaman algunos de mis fieles lectores...”), a la vez que desliza una suave crítica hacia los mismos: “entre los cuales no pocos son de parecer de que nada vale la pena de sacrificarse...”

“Zurciendo” es el último artículo del conjunto, un artículo que surge, una vez más, al socaire de una de sus lecturas, en este caso la de una conferencia de Antonio Royo Villanova en la que se pone sobre el tapete un tema que la afecta: el regionalismo.

Resulta muy interesante el artículo, no sólo por demostrativo de su postura al respecto, sino también porque podría tomarse como ejemplo de la manera cómo encara Pardo Bazán su trabajo. Así inicia la exposición de manera abrupta y creando un cierto suspense al no aludir directamente a aquello que le ha causado la inquietud que manifiesta. Mantiene la intriga acudiendo a una alegoría que le es muy querida⁸ y de inmediato informa de la vía por la que le ha llegado la noticia. Como el tema es complejo, opta por una faceta del mismo y sobre esa faceta se extiende encarándola desde diversas perspectivas, marcadas todas ellas por su personal óptica (“El catalán , para mí (...) No comprendo (...) Ya sé (...) ...no admito...”), que la conduce a, tras el análisis, emitir opinión irrefutable. A lo largo de esta exposición alude tanto a su propia producción como a la ajena que viene al caso como demostración de su conocimiento del tema tratado, todo ello para rematar emitiendo un juicio crítico que deriva en la misma alegoría utilizada al principio del artículo.

El tono es de una enorme firmeza en sus convicciones (“... no admito que todo país que posee un idioma, sea rico o pobre, vigoroso o feble, haya de constituir por ese hecho una nacionalidad”), de una gran seguridad en sus argumentos, basada en el conocimiento derivado del estudio (“En la vasta y sorprendente literatura rusa no encontré, cuando especialmente la registraba...”) y de un evidente gusto por mostrar su postura ante el tema

⁸ Que le gusta la alegoría se nota en que vuelve a utilizarla en un cuento, “La zurcidora”, aparecido en *El Imparcial*, 23 de diciembre de 1918. Esto vendría a corroborar la tesis del uso de material periodístico para la confección de sus cuentos, así como la presencia de técnicas narrativas en la de sus artículos.

sin subterfugios (“... cogemos la aguja, la enhebramos y emprendemos la consolidación...”).

En resumen, de los trece artículos comentados se puede señalar que, en cuanto a la temática, hay una clara división en dos bloques, en uno de ellos, el formado por los artículos 1, 2, 3, 4, 7 y 8 prima la óptica de la observadora de lo cotidiano, de lo cercano, de lo importante pero no imprescindible, quizá de lo doméstico, de lo femenino. Se trata de los primeros artículos de la colaboración, los que comprenden los meses de diciembre de 1916 y enero de 1917. A partir del número 9 (de 4 de febrero) emerge la comentarista intelectual en sus versiones de crítica literaria y social, de persona preocupada por el momento histórico que la conduce hacia parcelas más serias, más universales. Incluso cuando tras las dos notas necrológicas, escritas con un tono fundamentalmente amable, se acerca de nuevo a lo cotidiano lo hará subrayando esta circunstancia a través de un significativo título: “Bagatelas y fruslerías”, a pesar del cual no puede ocultar su preocupación ni el débito del tema al estado de guerra.

A pesar de que a lo largo del conjunto mantiene las técnicas y tonos usuales en su obra periodística, una vez leídos los trece artículos se podría afirmar que se hace visible en ellos la edad madura de la autora, y ello se deja notar en el tono nostálgico con que cita a los amigos muertos; en el cansancio, que aparece a veces, al aludir a temas ya tratados en múltiples ocasiones precedentes; en esa especie de resignación ante los errores de la sociedad en su conjunto; en la recurrencia a señalar lo bueno de antaño. Todo ello produce la impresión de encontrarnos ante una persona mayor, casi anciana, que contempla su entorno y más allá con la mirada de quien ha perdido buena parte de su entusiasmo vital, lo que no le impide seguir manteniendo tanto sus posturas vitales, su cosmovisión, como la manera de plantearla frente al público. Se constituye esto último en un ejemplo de fidelidad a un estilo, lo que a su vez significa convencimiento de que es el acertado para tratar con el variopinto lector de prensa diaria. Esa presencia constante del pronombre personal de primera persona, esa frecuencia de la frase corta con la que se autodefine, ese no eludir la emisión del comentario rotundo, además del añadido frecuente de la anécdota personal nos hablan de un carácter muy ducho en batallas de toda índole y muy convencido de sus posiciones y de sus ganas de hacerlas públicas, cosas ambas que responden al perfil psicológico de la mujer a la que ellos -los lectores de antaño- y nosotros -los de hogaño- hemos ido conociendo gracias a su intervención en la vida pública a través de su labor periodística.

El DÍA. Diario de la noche, artículos.

1.- “La Escuela del Hogar”, 3 diciembre 1916, nº 13.178, p. 1

No voy a hablar de ella con pretensiones de competencia pedagógica, ni a compararla con otras instituciones análogas del extranjero. Nadie ignora que ya no hay extranjero, en el sentido de que es tan difícil salir de casa, como poner una pica en Flandes. Yo bien quisiera, por aquello de ser estudiante toda la vida, irme Europa adelante, a ver modelos, no de sombreros ni de talmas, sino de instituciones docentes; mas lo pienso y murmuro para mí: “No es la hora”.

Y además, si conviene mucho huronear y pescudar por Europa ¿por qué no hemos de admitir la posibilidad de que aquí exista algo que no se parezca punto por punto a lo de fuera? Hace pocas tardes, oí decir al presidente del Ateneo, en su discurso de apertura, que aquel Centro, por confesión de las eminencias extranjeras que de pascuas a ramos nos visitan, no tienen similares en Europa, donde sabe Dios sí existen Sociedades y Clubs y Centros de todos los colores y todos los tamaños. Es, pues, el Ateneo una señal de espontaneidad, y por lo mismo hay que estimarlo doblemente. Y si la Escuela del Hogar y profesional de la mujer estuviese en el mismo caso, tanto mejor.

Ha sido creada la Escuela del Hogar... ¿a que adivinan ustedes por quién, aunque no estén muy versados en estas materias especiales? ¿A que sí? ¿Y por quién había de ser? El nombre de Burell va unido a tantas iniciativas, sobre todo a favor del único paria que ya va quedando, no en las orillas del Ganges, sino, como nos consta, en las del Sena, del Támesis, del Rhin, del Neva y de la madre Volga; doquiera que caudalosos ríos bañan comarcas que alardean de más o menos civilizadas, y, ¡bah!, también en las del minúsculo Manzanares y el antiguo Ibero... Cuando las mujeres del siglo XXI, agradecidas, consagren un monumento de memoria cariñosa a los que por ellas pugnaron, Burell se destacará en bronce sobre lo blanco de la piedra o del mármol conmemorativo y exclamarán: “Merece doble gratitud, dada la época y el período en que le tocó combatir, y en el cual todavía las mujeres no podíamos ni ejercer tutela, ni ser testigos de un testamento, que así andaban las cosas”.

Al hablar de la Escuela del Hogar, hace una semana, lo primero que dije fue que si la Escuela tuviese algo que modificar y mejorar, no me consideraba con títulos para hacer tales indicaciones; pero añadí que deseaba a la Escuela, no largos años de duración en su actual forma, sino al contrario, esa inquietud fecunda que impide las estabildades, en breve convertidas en estancaciones. La tradición es una fuerza inmanente cuya acción no puede calcularse, tal es de poderosa; pero, antes de que la tradición se forme, caben las innovaciones y las tentativas y los ensayos, para mejoramiento perfeccionador. El ciego, mientras camina, tienta sin cesar con el báculo, hasta que llega a lugar hospitalario y seguro, donde se sienta y reposa.

Lo presente ya es halagüeño, y esta Escuela del Hogar, instalada en un lindo hotel de la Castellana, con jardín, que dividido en lotes cultivan las alumnas, tiene un aire de alegría y cordialidad que esparce el ánimo. Lo primero que se va son flores naturales y verdor de plantas y arbustos; lo segundo, flores artificiales, fabricadas con arte sumo en la clase encomendada a la señorita Sánchez Aroca. En grueso ramillete me ofrecen jeráneos [sic] y violetas, que fueron tomadas por

naturales en la fiesta del Ritz.

No quiero insistir en el amplio campo que ofrece a la labor de la mujer tan gentil industria. Me pongo a soñar que toda la flor artificial que en España se consume sea labor española. Redimamos tributos, produzcamos para nosotros.

Yo veo en esta Escuela el aspecto práctico y útil sobre todo. Las enseñanzas, comerciales y artístico-industriales, así como las llamadas “del hogar”, me interesan más que las que llevan el título de generales, entre las cuales, la higiene y puericultura, que a mi entender debieran figurar entre las del hogar, se destacan en primer término.

El taller de encajes -que no es el que yo presido y subvenciona el Gobierno, lo digo así por evitar confusiones, fáciles siempre- está a cargo de una persona de tan indiscutible y probada competencia como la señora Huguet. Este solo nombre evoca imágenes de delicadas labores tejidas por mano de hadas, y veo las grandes vitrinas en que cuelgan tras el vidrio mantillas suaves, de ondas airosas, anchos volantes de Bruselas, todo lo que exhibe en el pisito de la calle del Arenal, bien conocido de las elegantes madrileñas, de las diplomáticas y de la Familia Real, que allí envía sus históricos encajes a restaurar, limpiar y aderezar maestramente. Los grandes mantos de corte, los veletes, que cuelgan de la corona, allí se cobijan, para salir flamantes, como si acabasen de llegar de Malinas, Brujas, Inglaterra, o las manufacturas de Venecia. Y por eso (aun cuando no he visto los encajes confeccionados en la Escuela del Hogar), el nombre de la profesora me hace suponer que sean dignos de su fama.

Hay en esta Escuela del Hogar, donde las alumnas beben agua filtrada y esto no sucede en todas, una clase que me responde a las ideas más modernas, y es, tal vez sorprenda a muchos, la de cocina. He solido reírme de las candorosas exhortaciones de los que prescribían a la mujer (hace años, es verdad, pero el espíritu de tal recomendación persiste más de lo que se creyera) que se dedicase a la tarea del zurcido de los tejidos elásticos que visten el pie. (No quise escribir, impulsivamente, “calcetines”). En cambio, entendí que la mujer debe a la cocina preferentísima atención. Ninguna mujer, rica o pobre, dejará de sentir los perniciosos efectos de desdeñar la cocina. Si es rica, la robará impunemente el funcionario o funcionaria que se bata con cazuelas y sartenes; y, además, la servirá bazofia. Y si es pobre, los que constituyan su hogar renegarán de la vida, porque la vida, ello no será poético, pero es cierto, se forja en el estómago.

Esta clase de la Escuela está a cargo de doña Melchora Herrero, profesora muy inteligente y que tiene vocación. La clase es práctica -¿cómo había de no serlo?- y el aula es una aseada y amplia cocina, y la cátedra un fogón espacioso. Las alumnas guisan, y comen después su propia obra. Tengo entendido que, en esa fantástica Europa (que no nos es dado visitar, a no ser que fuésemos a escribir desde “el frente”), en instituciones semejantes a esta, se permite servir comidas y almuerzos, como en un “restaurant”, al que pasa por la puerta y va desfallecido. Yo no propongo que se practique esta novedad, pero lo celebraría a fin de juzgar del acierto de las enseñanzas culinarias. Todo ello, supone una organización vasta, y encerrará problemas y presentará dificultades. Ley de lucha, ley de progreso.

La Escuela del Hogar, bajo la dirección llena de bondad y de celo de don Nemesio Fernández Cuesta, hállase hoy en visible y lisonjera evolución ascendente. En escultura, por ejemplo, tiene alumnas extraordinarias, que prometen mucho, y lo mismo sucede en mecanografía y taquigrafía. Son ya, en total, más de quinientas las alumnas, y de ellas, ciento cuarenta se dedican a corte y confección de vestidos. ¿Habéis notado cuánto se adelanta en este ramo diariamente? Hace bastantes años, no había en Madrid sino dos modistas aceptables: la Enriqueta, francesa,

y Clemencia Chilo, española, más bien consagradas a la ropa blanca. Hoy está llena la villa y corte de modistas duchas, que tienen gusto, gracia para adornar, y van camino de redimir la fuerte pensión que pagamos a Francia por trapos. No creo que al mejoramiento de la cuestión trapos sean ajenos talleres como el de la Escuela del Hogar. De ellos saldrán oficialas, cortadoras, preparadoras, que si no pueden establecerse, desde luego por su propia cuenta, son alma de los talleres y obradores que ya tanto abundan, y donde se confeccionan las prendas que luce, no sólo la clase media, sino mucha parte de la aristocracia. Dama habrá que dé a entender con negligencia, que le vino de Biarritz o París el traje o el abrigo, cuando en realidad será obra de las manos finas y ágiles de una modista madrileña. No veo ninguna oposición entre haber nacido “tras los montes” y entender de moda. Uno de los modistos más afamados de París es español, y tan español, que lleva un nombre histórico de España.

De todo esto, de salir de la Escuela del Hogar bastantes alumnas con el número 1 en oposiciones, y sobre todo, del orden, decoro y compostura que reina en este establecimiento docente, saco en limpio que debemos ensalzar tal iniciativa y ponerla sobre nuestras cabezas. Y si dicen que admite mejora, contestaré que no cabe duda, pero que muchas veces, lo mejor es enemigo de lo bueno.

La Condesa de Pardo Bazán.

2.- “Viejo y nuevo”, 10 diciembre 1916, nº 13.185, p. 1

Nadie ignora que en Madrid, en esta época del año, se recoge y reparte una montaña de ropas a los pobres. Asusta ver las pirámides de mantones, mantas, fajas, calcetines, almillas y faldas gruesas que se hacinan en el Ropero de la reina Victoria, o de santa Victoria, para expresarme más exactamente.

Y digo que asusta –y debiera decir que abrigo-. Es una sensación de calorcillo la que corre por el cuerpo ante la cantidad de prendas destinadas a combatir el rigor estacional. “Vestir al desnudo...” El precepto se cumple. Se viste al desnudo, o siquiera a parte de los desnudos; pues siempre quedarán, por desgracia, hombros sin cubrir y pies sin calzar. Y da pena añadir que esto es inevitable.

En el Ropero, al pronto, suponemos que el mayor número de los que han menester defenderse contra las noches heladas y las mañanas barberas, están remediados al echar a la calle sus erigentes montones de ropa la benéfica Institución. No debemos admitir la hipótesis de que tanta ropería es como gota de agua en el Océano de la miseria madrileña. Con los pesimismos, todo se frustra. Hay que creer lo contrario, a saber que ese sinnúmero de prendas de abrigo y de aseo interior, aliviará a tantos infelices, puestos entre la espada y la pared: o empeñar la ropa a fin de comer, o conservarla y sufrir hambre.

Veo que me estoy resbalando hacia el “problema” de la mendicidad, que ya trataré, así que lo estudie, porque es tentador, pero hoy no es tal mi propósito. Hablo del Ropero, porque su organización me parece en extremo interesante, y sólo con que se extendiese y fortificase tal vez hallase solución un aspecto cruel de la miseria.

El Ropero no celebra funciones de teatro, ni de bailes, ni abre suscripciones. No censuro estos medios de recaudar; pero el sistema del Ropero es más sencillo, más oscuro y recatado. Las señoras que de él forman parte, dan sin duda lo que se llama el “sablazo” benéfico: sólo que lo dan en proporciones tan mínimas y modestas, iba

a escribir tan humildes, que ni puede asustar, ni imponer ese sistema de retraimiento que es como la defensiva del caracol al esconderse en la concha. Las señoras, con un poco de rubor, piden a sus amigos la módica cantidad de seis pesetitas, para otras tantas prendas baratas, pero que se peguen al cutis... “¿Me entrega usted esos veinticuatro reales, que en el cielo se los encontrará?” Y el amigo echa mano a la elegante cartera de piel, y, si es gallardo, saca un billete menor; pero no se admite. ¡Las seis pesetas! Y ya tenéis un socio, un hermano más a quien inscribir en las listas del Ropero de Santa Victoria, institución fundada por una Reina que nació en un país de nieves y escarchas, y piensa en la gente arrecida, en las moradas epidermis de los niños, encogiditos dentro de los húmedos pañales... si los tienen.

Hay quien encuentra defectos en la organización de esta institución reciente. Ya veríamos, si llegase a desaparecer, cómo sustituirla, porque en todo lo humano hay algo que pudiera perfeccionarse, que pudiera acercarse más al ideal. Si faltase el Ropero, las quejas se oírían en Bucarest, y las iniciativas y generosidades privadas nunca podrían reemplazar a esta discreta socialización de una caridad que reviste forma de guerra al frío, el frío que fustiga las carnes e inflige torturas prosaicas de burlas, y tan dolorosas como la de los sabañones. Y no creáis que sólo padecen frío los mendigos, los que duermen en el quicio de una puerta o en la cueva de un desmante. Hay quien tiene, aparentemente, medios de subsistencia, y tirita, por lo que antes indiqué: para poner a la lumbre el puchero familiar, hubo que desprenderse del mantón y de la toquilla de estambre, eligiendo de los males el que parece menor.

Este año el Ropero ejerce una acción más provechosa, porque hace más frío y andan los bolsillos más escuálidos. ¡Todo cuesta un ojo! No falta quien, con un espíritu regañón y descontentadizo, haga observar que muchos pobres empeñan con una mano lo que con otra recogen en el Ropero. ¡Bah! El que lo haga, será porque necesite más esas menguadas pesetas, que el abrigo y apaño de lo que se le dio para vestirse. Y no veo cómo evitar que así suceda. Cada cual se entiende y sabe dónde le aprieta la necesidad. La comida también abriga, y hasta abriga la copita de aguardiente, con su buñuelo, en las glaciales horas mañaneras. No todas las prendas recibidas irán tampoco a la casa de “pignoración” (digámoslo pulcramente). La mayoría llenarán su cometido, defendiendo a mucha gente de las inclemencias y mordeduras de los consabidos cierzo y ábrego.

Y pasemos de la ropa nueva (porque la del Ropero tiene que serlo, allí no se admite nada usado), a la vieja; y digamos algo de una “obra” en que todo es viejo y en que no se regala nada; allí el pobre adquiere, y es seguro que luego no lo empeña, porque su dinero le ha costado. Al comprar, siente el pobre la orgullosa emoción de que se hace propietario, y la alegría del que aumenta su mínimo bienestar, porque entre la gente pobre la hay más o menos refinada, más amiga de la casa alhajadita y cuca. Y estos son los parroquianos del Bazar del Obrero, en que todo se remeza y da un chasco a cualquiera, como suele decirse.

El Bazar del Obrero admite cuanto le manden: ropas deshilachadas, muebles paticojos, calzado catastrófico, sombreros como higos pasos, y todos los nidos de urraca, que conservan en sus armarios, no se sabe por qué ni para qué las señoras de avanzada edad, pensando que con los pingos de su juventud, guardan algo del divino tesoro. Y admite ese mobiliario que nadie se decide a tirar o quemar: el sillón que ocupó el abuelito, la silla alta en que comía el nene, el “entredós” que pasó de moda, la cama de hierro que se desvencijó, porque desde el primer día se le torcieron los tornillos; la mesa, toda esgrafiada por el cortaplumas del colegial, que se aprende la lección entre impacencias; la cacerola sin tapadera, la tapadera sin cacerola, el molinillo sin rabo... El Bazar recoge el material

aparentemente inservible, lo friega, endereza, recompone, barniza, pinta, y lo presenta resplandeciente y flamante. Y logra dos fines: dar trabajo a obreros, y ofrecer a las familias humildes un objeto necesario, por el valor de lo que ha costado recomponerlo, que suele ser insignificante cosa. He visto en venta, en el Bazar del Obrero, butacones cómodos, por la cantidad de tres o cuatro pesetas. Y he sabido que esos muebles habían sido parte a que se pasasen las tardes en su hogar el obrero que antes las entretenía en el café, donde se gastaba su salario. El mobiliario retiene, las poltronas son brazos que se abren, cariñosos, regazos que brindan comodidad. El Bazar del Obrero, tímidamente, quiere aclimatar el “home” inglés, la vida casera, durante el invierno crudo, cuando salir es temblar bajo la capa raída, y está tan simpática la vivienda, donde el fogón sirve de estufa, y la sopa espesa echa un vaho tan consolador para el estómago.

Una dama caritativa hasta la abnegación, la condesa de San Rafael, es la fundadora de este Bazar de trapería, almacén de ajuar humilde, pero que va adquiriendo ya vuelos más altos, como obra social: Los talleres del Bazar son dignos de una visita, que les haré... cuando no corra tanto frío, porque están emplazados en lugar bastante descubierto. ¡Claro que no podía ser en la Puerta del Sol! Ya los visité el pasado invierno, y saqué la impresión más excelente; pero estas nacientes empresas, en los años “apostólicos”, crecen como espuma, al mismo tiempo que son combatidos por todo género de vendavales. La condesa, que pudiera, sin que se lo censurase nadie, pasarse las tardes en el Palace o en el Ritz saboreando un té humeante y un emparedado blando y gustoso, y entregada al “papotage” mundano, ha solido preferir pasárselas en algún hospital, o en su Bazar, ideando mejoras y economías, y enterándose de paso de tantas necesidades como hay por el mundo, y a las cuales no cabe acercarse sin tratar de remediarlas mucho o poco. Y claro es que tal conducta (me refiero a la de la bondadosa condesa) ha de tener su premio allá donde se llevan bien los libros de caja; pero aquí recibirá su castigo, infalible: no sé de nadie que se haya dedicado al bien, activa y directamente, que no le haya costado fatigas, como le sucedió a una paisana mía, Juana de Vega, condesa de Espoz y Mina y duquesa de la Caridad. Auguro a la de San Rafael más de una contrariedad, y añado que, si algún día pensase de cambiar de modo de ser, habrá que decirle lo que a don Quijote dijo Sancho, después de la aventura de los galeotes (cito de memoria): “Así escarmentará vuesa merced, como yo soy turco”.

La Condesa de Pardo Bazán.

Posdata.- Mi primer artículo en EL DÍA ha dado origen a un ruego muy cortés que me dirige La Unión del Arte Culinario para que aclare una frase de dicho artículo que ha encontrado molesta la Asociación, sin duda porque no me expresé con toda claridad. Me limitaba a decir que las mujeres que desdénaban la cocina serían robadas y comerían bazofia. Nada tenía esto de ofensivo para La Unión Culinaria, pues se refería tan sólo mi apreciación a las mujeres desgobernadas, que son víctimas del abuso y fatalmente tropiezan con lo peor que en cada ramo del servicio doméstico existe. En toda colectividad hay elementos diversos, y a lo colectivo nunca puede referirse la censura. Del servicio doméstico en general, diría yo mucho bueno, por experiencia propia, y acaso un día lo diré. Y de una clase en general nunca diré ni aún pensaré nada que pueda molestarle. Las colectividades son dignas de toda consideración, y la censura siempre va dirigida a algunos individuos.

Tal es la aclaración, que me complazco en hacer, y que, aparte del gusto de deferir al ruego de La Unión Culinaria, no es necesaria, de seguro, porque se desprende del texto.

3.- “Más vale tarde que nunca”, 17 diciembre 1916, nº 13.192, p. 1

Tiempo ha los dependientes de comercio ferrolanos me dirigieron una carta, rogándome que rompiese una lanza por ellos. Y me prometí hacerlo, porque la causa me parecía justa. De todos los trabajadores, ninguno trabaja tan “visiblemente” como los horteras, empleo la palabra familiar. Otros podrán hacer el maula, pero no cabe que la haga el dependiente. Siempre está de pie, siempre en movimiento.

Sólo el estar de pie constituye una molestia que acaba por no advertirse, pero la advierte el organismo, y hay, por ejemplo, una forma de la albuminuria, que se llama “ortostata”, que no tiene otro origen. En Francia se votó la que llamaron “loi des sièges”, ley de los asientos, para evitar que las vendedoras de los grandes establecimientos permaneciesen de pie tan largas horas, lo cual engendraba males graves y penosos; pero los dependientes no pueden aprovechar el momento de descanso para darse “una sentadita”, porque tal descanso, con su tarea, no existe, pues jamás les veréis sino activándose, atendiendo al público o arreglando lo que éste les obliga a revolver.

Se comprenderá fácilmente que en tal profesión no es admisible que se exija además la prolongación del trabajo por horas y horas, hasta muy tarde y desde muy temprano. En Madrid había, hasta poco hace, establecimientos donde entraba la dependencia a las siete, y salía a las once dadas de la noche. Sin haber tenido espacio para cenar. En la mayor parte, terminaba la jornada a las nueve. Las ocho y media era hora excelente para vender. Después de recientes disturbios, algo se ha conseguido. El cierre a las ocho será medida general, aunque la ley se halle estancada, según me dicen, en el Senado. ¡Señores Senadores, señor arzobispo de Tarragona, el batallador, a ver, un empujoncito!

Claro es que mejor hubiese sido que esto no necesitase ley; que lo hubiese remediado esa secreta organización moral de las Sociedades, que no está escrita sino en las conciencias, pero que es, por lo mismo, doblemente poderosa.

En Bélgica pude notar que muchas cartas de las que se recibían, la mayor parte llevaban un sellito con este letrero: “No entreguéis en domingo”. Era el objeto de tal advertencia asegurar por medios plebiscitarios, el descanso dominical a los carteros. Y yo, mientras residí en Bélgica, -demasiado poco tiempo, para el gusto que encontraba en conocer país tan civilizado y donde se cultivan tan hermosas y raras flores-, puse en los sobres el mismo sello: “No entreguéis en domingo”. Yendo mis cartas dirigidas a España, supongo que sobraba el sello; pero yo tenía gusto en sumarme a aquel impulso realmente cristiano.

Aquí me parecía necesario otro sellito, aplicado a cada paquete que los dependientes envolviesen y atasen, y que advirtiesen a todos: “No compréis después de las ocho de la noche”. Porque sólo los parroquianos, sólo el público, pudieron, sencillamente con su abstención, conseguir que los comercios se cerrasen a las ocho de la noche, por evitar el gasto de luz, ya que la gente no acudía.

Aquí la tendencia ha sido, por largos años, a vivir tarde, a hacer tarde todas las cosas. Los teatros se acababan a las mil y quinientas; los cafés, abiertos indefinidamente, rebosan de parroquianos trasnochadores. De algún tiempo a esta parte, sin embargo, la vida, al menos la madrileña, ha subido, se ha recogido, se ha hecho más madrugadora. Son síntomas bien visibles de este cambio las funciones conocidas por “vermout” –yo diría, en castellano, aperitivo- y el favor creciente de las funciones por la tarde. ¿Quién no ve, en esta tendencia del parrandero Madrid a trasnochar menos, una señal de la razón con que aspiraban los dependientes a terminar su faena a horas menos tardías?

Siempre dije yo, cuando se hablaba de las babilónicas costumbres de París,

que estas costumbres eran harto más arregladas, en conjunto, que las de nuestra capital. Allí trasnochaban solamente los trasnochadores de oficio, los “fêtards”, juerguistas diríamos nosotros; pero aquí sucede que trasnocharon por sistema hasta las personas más formales. Y como quiera que el trasnochar y el hacerlo todo tardísimo ha adquirido estado y nadie lo censura, las señoras hallaban natural hacer sus compras hasta las nueve de la noche, y aun preferir esas últimas horas. Estoy segura de que si las señoras se hubiesen dado cuenta de que harían un bien, un acto de humanidad, con no comprar sino hasta las ocho, no dejarían de poner cuidado en ello. Raros son los artículos que tanto urgen, y sólo con hacer tiendear más temprano, ejercitarían, indirectamente, una obra benéfica.

En París, en ese París que nos pintaban tan estragado y perdido, se cierra la mayor parte de los establecimientos a las siete de la tarde, y anda muy poca gente por la calle a las diez de la noche. Si a las siete entrabais en los grandes almacenes, encontrabais al personal dedicado a cubrir con percalinas los géneros, porque la jornada había dado fin. Si os acercabais a algún mostrador todavía descubierto, no os decían nada, pero os echaban una mirada fría, de reprobación. Y, como erais prudentes, os apresurabais a tomar las de Villadiego.

En los... ¿cómo lo escribiré?: “¿restaurantes?”, “¿restaurantes?”, “¿restauradores?” ¡Problema que no considero resuelto, pese a Cavia! En fin, en esos establecimientos donde se sirve de comer, no se sirve después de las ocho. Y caso de servirse, será de mala gana, y os darán las sobras. La costumbre es comer entre siete y ocho, como almorzar entre doce y una. Es cierto que, en cambio, a las siete de la mañana está en su plenitud la limpieza y arreglo de aceras, escaparates, vidrios, anaqueles, puertas, suelos, y a las ocho todo brilla y reluce y se empieza a vender con la mañanera animación del trabajo que sabe que ha de tener un término, que no ha de exceder del límite en que las fuerzas se agotan. Notad el contraste. El dependiente está sujeto al remo hasta las nueve o las diez, rendido y aturdido. Entrad en cualquier oficina del Estado por la tarde. Y no añado un comentario siquiera.

No son las tareas más duras aquellas en que la mano armada de herramienta es lo que funciona. La labor del dependiente me parece más penosa aún. Tiene que ser la sonriente víctima de las compradoras; contestar a sus múltiples preguntas, sostener el pugilato del regateo, enseñar género que sospecha que no han de comprarle, discutir precios que él no ha fijado, explicar las anomalías de las subidas de los artículos, y no dejarse llevar nunca de la impaciencia, ni rendirse al agotamiento, porque no se lo consiente su deber. El dependiente es de carne y hueso, y muchas veces este dato ha sido echado en olvido. Las piezas de tela subidas y bajadas frecuentemente del anaquel, fatigan los brazos; la incesante operación de desdoblar y doblar lleva consigo también cansancio inevitable. Y pensemos en las responsabilidades de los que trabajan en joyería, del cuidado exquisito que han menester los que expenden loza y cristal, del incesante tajar y aserrar y pesar y medir de los del ramo de ultramarinos, del recelo al recibir la moneda, de tantas menudencias inherentes al oficio y que complican la obligación.

La gente contesta, cuando de esto se trata: “Para eso están allí...” Sí; están para eso; pero, para eso, el tiempo que puede resistirse; no el que señalen arbitrariamente el interés y el lucro. Nadie cumple una faena para deshumanizarse, para convertirse en máquina ni en autómatas, o lo que es peor, en enfermo y valetudinario.

Por eso confío en que se arregle lo de los dependientes de comercio, definitiva y satisfactoriamente. El trabajo, cuando es excesivo, en menos intenso, y los mismos patronos ganarán con que no sea tan larga la jornada en las tiendas. Y -por contribuir a que todo se haga a mejor hora, a que la vida madrileña sea más tempranera, a que se normalice y oriente nuestro vivir en sentido harto más civilizado y en armonía

con las nuevas ideas referentes a la higiene social- este triunfo de los dependientes será utilísimo a todos, y lo miramos con simpatía, y nos alegramos de encontrar, a las ocho de la noche, cara de palo en los establecimientos que frecuentábamos, porque también yo he comprado tarde. Tal es la fuerza de las corrientes generales, y el desacuerdo de la teoría y la práctica.

La Condesa de Pardo Bazán

4.- “Azucarillos”, 24 diciembre 1916, nº 13.198, p. 1

No me cuento entre los asiduos concurrentes a los dos grandes Hoteles que por modo impensado han venido a transformar la fisonomía social de Madrid; pero me ha parecido muy bien que aquí se hiciese algo de lo que viene haciéndose en ese extranjero que unas veces nos sirve de modelo, y otras de coco, y que tan pronto nos lisonjea, como nos dice, por boca de los mensajeros o mensajeras que nos envía, que nuestro novelista Galdós es un poeta del cual han oído algo, y que no saben si los demás escritores tocamos la pandereta con el codo, o qué.

Bueno es, y hasta óptimo, que haya hospedajes de altura por acá, y que su ejemplo eleve el nivel de este ramo, y que se higienice la antigua y bonachona casa de huéspedes; y por tal concepto, nada tenemos que alegar en contra de los grandes Hoteles, sino felicitarnos de su advenimiento.

Había que empezar por ahí antes de hacer algunas observaciones que van con el público, más que con la organización de los susodichos grandes Hoteles. Con el público, que tan fácilmente se entrega a la rutina, y que no tiene el menor interés, según parece, en conservar su “yo”. Y el “yo” es lo único que no debemos dejarnos arrebatar nunca. “¡Socorro, que me quitan mi “yo”!” -exclamemos cada vez que nos desnaturalicen, sea bajo el pretexto que sea.

En Madrid el pretexto para arrebatarnos nuestro “yo” es la “elegancia”, una quisicosa, a que todo el mundo aspira y cree poseer; el que no se consuela...

En España, y en su mismísima corte, hemos decretado que no es elegante nada que sea tradicionalmente español. Lo español, quédese allá para el pueblo, para la gente menuda; pero en diciendo que nos vestimos según el figurín y sabemos saludar con un “ponchú”, todo lo español lo renegamos, o más bien lo proscribimos. Como en éxtasis, admiramos lo que viene de fuera, de otras costumbres, de otras necesidades, de otros climas, de otros tipos de raza, que no es la nuestra.

Y yo me avine perfectamente a las costumbres de extrañas naciones, siempre que residí en ellas; y he saboreado gustosa las hojas de rosa confitadas, las anguilas del Rhin en rollo, y la sopa de cerveza austriaca, con bolitas de harina de maíz, aunque no es ningún primor culinario, por cierto. No tengo el paladar exclusivista; lo que afirmo es que en cada país hay que conservar lo bueno y frecuentemente superior que se posee, y esto es obra del público, porque en los hoteles se propende al amaneramiento, y somos nosotros, los consumidores, los que debemos imponer la persistencia de lo clásico.

Viene todo esto a que he observado que en los grandes Hoteles, si pedís una cosa nuestra, así sea la más conocida y vulgar, primero ponen cara de asombro, de ese asombro ligeramente escandalizado que reprueba, y después, contestan desdeñosos:

-¡Ah, eso no lo tenemos aquí!-

No vayáis a suponer que, cuando recibí tal respuesta, se me había ocurrido

pedir callos, caracoles, tostón, ni arroz con cangrejos, no: lo que pedí en el Ritz, sencillamente, para un vaso de agua, fue... un azucarillo.

Estando yo en París, traje un día, de una tienda de productos españoles, media libra de azucarillos madrileños, y se los serví a algunos amigos franceses y rusos, que vinieron a tomar conmigo el té. Renuncio a pintar su entusiasmo. Encontraron que no había cosa tan deliciosa, y siempre que volvían los reclamaban, asegurando que el azucarillo era lo más fresco, lo más ligero, lo más delicadamente perfumado que conocía. “¡Asucarilio!” “¡Asucarilio!” chapurreaban, gozosos al ver entrar la bandejita, donde formaban pirámide los bolados, semejantes a panales de encaje y espuma. Y pensaba para mí: “Pues ¡qué diríais de los de “cazo”, si probáseis esa disolución de oro y miel, esa golosina sin par que procede de Asturias!”.

Figuraos el asombro de esos rusos y franceses, si piden en Madrid su “asucarilio” y les salen con que no los hay, y figuraos el mío, cuando al pedir un granizado de limón, resulta que ignoraban lo que tal refresco pudiese ser, y me traían, por último, en una botellita, una especia de jarabe, que sabe a citrato de magnesita.

No es esto principalmente culpa del Hotel, lo repito. Es de esa desnaturalización de nuestros gustos, que hace que, en toda la temporada, no habrá diez de la escogida sociedad que quieran consumir la democrática y refrigerante agua con azucarillo... aunque les sepa a gloria.

Lo que se come y lo que se bebe está necesariamente en armonía con la complejión y modo de ser de cada raza. La nuestra rechaza lo pesado, lo excesivamente fuerte y denso, porque tenemos estómagos meridionales, más chicos que los de la gente del Norte, y acude a ellos la sangre más viva, pero en menos cantidad, que al de los alemanes, flamencos e ingleses, los de las digestiones poderosas y lentas. Cuando veo a un español pedir “wisky and soda” o tragar (en seco, porque ya sabéis que no es lícito mojar en el té las pastas), una pesada brioche, o engullir un trozo de “baum-kuchen”, o un “espoí” [ilegible], o un “pudding”, que para estar bien hecho ha de amasarse con sebo, pienso que se trata de un rasgo más de esnobismo, de un sacrificio a una de las modas, de un “yo” que se escapa, de una convencional mentira que nos contamos a nosotros mismos.

No hay nada tan fino como ciertos productos de la repostería española. Ese té, que ha venido a desterrar en gran parte al clásico soconusco, moratiniano y de casacón, se absorbe a las cinco y media o seis de la tarde, estando el estómago todavía ocupado por la digestión del almuerzo, que se ha terminado, en la mayor parte de los casos, a las dos y media. Menos mal cuando se acompaña con el pan que, no entiendo la razón, en vez de llamar tostado llamamos “grillé”, lo cual viene a ser idéntico, sólo que en gringo; lo fatal será echarse al colete un ladrillo de repostería británica mejido con una pella de grasa de carnero o de buey. Siempre que veo esos amazotados “puddings”, pienso en la gentil, en la ingrátida y leve torta de Alcázar, o en los bizcochos de espumilla, cuyo nombre lo dice todo.

Nadie suponga que repruebo en conjunto los primores de la repostería extranjera. Ni siquiera llego a decir, como don Pedro en “El Zapatero y el Rey”:

Todos muy buenos en Francia;
Mas no los quiero en Castilla...

Al contrario. Reconozco el mérito de las pastas y masas, y también de la confitería que procede de allende el Pirineo. Grandes cosas deben de hacerse en este ramo, cuando sólo los postres costaban, en la mesa del anciano Emperador de Austria, que acaba de morir, más de medio millón de pesetas anuales. Goloso se puede ser por tal precio. En un banquete jubilar gastó el Soberano cuatro mil duros

en confitería.

No supongo que tal derroche responda a la cantidad, ni aun a la calidad, de las “delikatessen”. Es el decorado, es el adorno, es el arte lo que se paga. Claro es que el arte suprime lo natural, y que, grato a los ojos, no lo es tanto al paladar, ni tan sano a la economía. Recuerdo en París a una vieja cocinera española que sostenía a carga cerrada que todo era artificial en la comida francesa; y habiéndole indicado yo que se comían excelentes “soles” de Normandía, exclamó:

-¡ Sí, sí! ¡Soles, soles! ¡Son hechos de pasta de bacalao con yeso, aprovechando los espinazos viejos, y las cabezas que quedan de los verdaderos lenguados!-

Y nos reímos de la fantasía... ¿Quién me dijera que, bastantes años después, había de coincidir con la opinión de la anciana, exaltada de nostalgia patriótica, un autor tan moderno y repulgado como Villiers de l’isle Adam?

En su cuento titulado “L’amour du naturel” nos pinta una refacción campestre, ofrecida a un presidente de la República, que excursiona de incógnito, por dos enamorados que se ocultan en un paraje solitario y selvático, hacia las gargantas del Apremont. El personaje, en su hastío, busca “lo natural”, y cree haberlo encontrado por fin. Al hacer los honores al almuerzo sencillo, sus anfitriones le informan orgullosos de que la leche está fabricada con ricos sesos de carnero, la manteca con buena margarina, el queso con sebo y tiza; que los huevos forman parte de los tres millones de artificiales que la América del Norte exporta diariamente a Europa, y que el café es “falsa” achicoria de primera, del cual se venden en París, anualmente, dieciocho millones de francos. ¡Por fortuna, falta en la cabaña de los enamorados esa mixtura debidamente arsenicada que se expende por vino generoso!

¡Lagarto a tocar madera! ¡No permitan la Pilarica, ni la Moreneta, ni la de los Remedios, ni la de la Esclavitud, que en esto se difunda más todavía la civilización por las tierras del garbanzo!

La Condesa de Pardo Bazán

5.- “Del pasado”, 31 de diciembre de 1916, nº 13.205, p. 1

A las doce de la noche del día 24 de diciembre he sufrido una de esas impresiones ascéticas, que en otros días guiaban y orientaban la vida entera hacia rumbos desconocidos. Hoy somos más indiferentes, y resbalan sobre nosotros estos accidentes de la realidad, dejándonos tan sólo el sedimento de melancolía que se deposita en el fondo de todo...

Y, sin embargo, lo que me rodeaba tenía un aspecto más bien alegre, más bien bonito y risueño. Escenario: la iglesita del Asilo de pobres que fundó aquella gran bienhechora mundana y elegante que se llamó la marquesa de Squilache, y cuyo nombre, tanto tiempo en todos los labios, empieza a no ser recordado sino por contadas personas, en fugaces conversaciones. Es ya el pasado, disuelto en humo.

La iglesita es cuca, muy dorada y blanca de mármoles, de altar con columnitas que le dan un aspecto vagamente teatral –y está bien surtida de todo lo que puede contribuir al esplendor del culto, de un culto suntuoso, como de salón, sin severidad ni terror alguno. Ningún sitio más a propósito que aquel para congregarse, en la clásica noche, las mismas beldades y personajes idénticos a los que hará tres o cuatro años se agolpaban aún en la residencia ostentosa de la pobre marquesa. Porque esta mujer amabilísima murió rodeada y festejada, en pleno triunfo social, en posición cada vez más alta y envidiada, y conservando una belleza que apenas

se había atrevido a ofender el tiempo. A los setenta y pico de años, tal era la edad que constaba, “Pilar” se mantenía hermosa. Su cuerpo se tenía derecho; su sonrisa retozaba juvenil entre los graciosos labios; sus ojos brillaban, y su escote se mostraba terso y mórbido, sin una arruga. Vestida con un gusto que corregía las exageraciones de la moda, era su figura de esas que, según la frase consagrada, llenan un salón. Avanzaba arrastrando rasos y encajes, cubierta de joyas oportunas, sin recargo, erguida la frente bajo su corona heráldica de brillantes, que hoy enriquecen o van a enriquecer una Custodia. Y parecía imposible que aquella mujer, que representaba, a lo sumo, los cuarenta, hubiese de morir nunca, porque, si sufría algún achaque, tuvo la coquetería suprema de no pregonarlo, de curarse en silencio, para reaparecer más firme que nunca, infatigable, repartiendo limosnas y beneficios, o convocando a la juventud a algún cotillón o minué Luis XV...

Y por eso, en la iglesia -donde descansa, en bello sepulcro, sin espantos fúnebres, que no comprendía ni le agradaban, esta mujer atractiva, cuya esencia fue la sociabilidad- imaginaba yo, la noche del 24, que veía una multitud perfumada y lujosa: las mujeres, tocadas con mantillas de blanca blanca o de negro Chantilly, escotadas bajo el encaje, prendidas con diamantes y riachueladas de perlas; los hombres condecorados, y todos dispuestos, al hacer la última señal de la cruz a cenar opíparamente... Pero lo único que vi fueron las cabezas, envueltas en paños de negra lana, de las monjas a quienes la fundadora, que aquí había de dormir su definitivo sueño, encomendó la guarda del Asilo y el cuidado de los míseros acogidos a él; de las monjas, a quienes tantas veces ayudó en sus piadosas tareas, madrugando o no acostándose después de un baile, a fin de tener tiempo de repartir, ataviada con mandil blanco, la sopa caliente, humeante, a los famélicos...

Soy enemiga de vacías idealizaciones. Además, detesto los patrones convencionales. Cada cual sigue un camino, y no es hacerle favor desviarle hacia el camino de otro. La marquesa de Squilache no practicaba la caridad del mismo modo que, por ejemplo, la practicó la madre Sacramento, en el mundo vizcondesa de Jorbalán, ni aun como la practica hoy la condesa de San Rafael, frecuentando los hospitales donde se curan las enfermedades repugnantes, que graba en la carne pecadora el hierro candente del vicio. La Squilache, lejos de apartarse del mundo para caminar hacia la santidad, se apoyó en el mundo para ejercer su beneficencia, extensa y activa. Y hubo en ella algo que yo considero digno del mayor encomio; y fue el instinto patriótico que la guió en sus campañas benéficas. No se limitó a escuchar el gemido de la humanidad en general; entre esa queja común de los dolientes, supo discernir la nuestra: la de nuestros heridos, la de nuestros soldados de África. Todo le parecía poco para nuestros “soldaditos”. Ropas, golosinas, medicamentos, allá iban a granel. El general Marina se inclinaba, agradecido, y ella sonreía, con su mundanismo delicado, como para disculparse -a veces hay que hacerse perdonar lo bueno...- Cuando yo di en el tema de erigirle un monumento al cabo Noval -cosa que Cavia juzgaba imposible, por tratarse de un soldado raso-, lo que me permitió verlo alzarse, en cortísimo plazo para lo que suelen tardar estas cosas, fue la cooperación de la marquesa de Squilache, que, desde el primer momento, hizo suya la idea. “¡El monumento al soldado español!”, repetía encantada. Era aquello la concreción de sus empresas, era su sentimiento cuajado en piedra y en bronce. Séame perdonado si insisto, si pongo el patriotismo por encima hasta de la beneficencia. Desde luego, escasea más. La multitud entiende mejor la beneficencia genérica; no se da cuenta del bien que hace atendiendo cuando sufren a los que nos representan. Sólo se despierta en casos supremos tal solidaridad. Y en esto, la frívola marquesa, la de los cotillones, fue superior a la gente que la rodeaba y se agitaba en torno suyo; sintió, a diario, la inquietud de

la patria.

Estos pensamientos me distrajeran más de una vez, durante las tres misas de la Natividad, empezadas a las doce de la noche; misas que acompañaba la música, sobre el tema campesino, de gallegada, de los villancicos. Aquella alegría rústica, pastoril, aquella iluminación esplendorosa, aquellos bordados de oro, aquel lujo fino del culto, alejaban las ideas elegíacas, a lo Jorge Manrique, que venían a revolotear en torno a mi fantasía, como negras mariposas de tul sembradas de pedrería. A mi lado, arrodillado para recibir la comunión en sufragio del alma de su amiga, estaba el famoso cronista de salones, el que tantas veces describió, con pluma entusiasta, los atavíos magníficos y las fiestas deslumbrantes, amplias como fueron las que daba Cánovas del Castillo, de la pobre marquesa. –La sociedad, allí, estaba representada por aquel adicto amigo, que la conoce tan bien, aunque la retrate siempre cual otro Madrazo, halagüeño... El cronista y yo éramos todo lo que de los extinguidos esplendores del palacio de Villahermosa quedaba en la iglesia, a la hora en que canta el Gallo, con son de aviso y remordimiento...

Y yo veía a la que se ha ido, en cada detalle, hasta en el hilito de perlas que el Niño, cuando nos lo presentaron para que lo adorásemos, lucía en su garganta. Aquel hilo había pertenecido a “Pilar”: acaso sus manos lo ciñeron al cuello del Infante. Los recuerdos se agudizaban, los recuerdos se transformaban en emoción. ¿No era ayer cuando en aquella misma iglesia, la marquesa, radiante, se había acercado a mí, y me había enseñado una carta, susurrando:

–Es del Rey, ¡Me dice que acaba de concederme la grandeza!

Y encontré que el Rey había acertado. Nadie trabajó y se prodigó en bien de España y de los desheredados de la fortuna, como la que yace bajo ese altar; y los burdos de espíritu, sin psicología, afirmadores de que, apenas obtenida la distinción, la Squilache renunciaría a sus cruzadas benéficas, tuvieron que confesar que nunca las hizo más provechosas ni más activas que después del premio. Tal vez, agotando sus fuerzas, le hayan costado una vida que parecía desafiar a la ancianidad.

Y si bien ha llegado a ser un lugar común este de la fragilidad de las glorias humanas, aun cuando nos sepamos de memoria lo que inspira la muerte, en este caso nos ha costado trabajo creer en la desaparición del cuerpo palpitante de juventud perpetua, de aquel espíritu siempre encandilado para las energías sociales, enseñanza, caridad, patriotismo, sociabilidad. Asombra que ya no exista tan singular mujer, que parecía de salón y era cien cosas más, y a quien lloraron, en su día, los pobres porque daba, el comercio porque animaba y divertía, y hacía gastar, los tertulios porque perdían el admirable cobijo, el centro de cultos goces... Y, por un momento, sin insistir, pues todo, tratándose de la Squilache, ha de llevar el sello del gusto fino –damos vueltas a ese gran enigma de la imagen del mundo, que es caduca y pasa, pasa, pasa, como si dedos invisibles la borrasen de un espejo.

La Condesa de Pardo Bazán.

7.- “Calor y calor”, 14 enero 1917, nº 13.219, p. 1.

Entre la carestía del combustible y los rigores y radicalismos del invierno,

Madrid, tiritita. Sólo el bermejazo platero de las cumbres, que dijo el culterano, ese sol -que los extranjeros suponen vinculado a nuestra capital, y tantos días falta a la lista y se queda arrebozado en telarañas de nubes- sirve de pintoresca estufa a los que no la poseen, y al aire libre buscan desentumecerse un poco, subiendo hasta la boca la bufanda o la manta castiza.

Bien mirado, el sol, el numen primitivo, fue el primer calorífero que ha conocido la humanidad, cuando, refugiada en cavernas tenebrosas, ignoraba el uso del fuego, y a oscuras temblaba, durante las eternas noches. ¡Qué explicable, es entre las idolatrías, la idolatría solar! Nadie sabía entonces que existiesen manchas en tan regio astro, y sólo por él, la mísera especie humana conocía el goce de sentir derramarse por sus venas suave calorcillo natural: una caricia bajada del firmamento. Y en los dos hemisferios, el mito solar fue creado: los mexicas le llamaron "Tonatiuh", los griegos "Febo Apolo", el del arco de plata, y su radiante forma, como en ofrenda, fue dada al pan, que aun hoy amasan y cuecen, sin saber lo que hacen, los panaderos aldeanos y pueblerinos. ¿Nunca habéis visto esos panes cercados de rayos?

¿Es que a la humanidad se le ha aflojado la sangre? ¿Es que se ha exasperado el ansia de perfeccionar la comodidad y el bienestar físico? Nunca como ahora se advirtió la necesidad de calentarse. No se oye hablar sino de calefacción. Madrid, que en los tiempos románticos en que Gautier escribía "Tras los montes", se arreglaba tan ricamente con claveteados braseros y abrigadas camillas, aun en los palacios, quiere hoy mantener las casas a temperatura para criar gusanos de seda, olvidando que una ley impone a nuestro organismo la alternativa de las estaciones, y que debemos sudar en verano, y en invierno dar diente con diente, y que esto nos fortifica. Nos hemos vuelto muy epicúreos, nosotros que al estoicismo de la raza debemos cuanto valemos y somos. En son de elogio se solía decir antes de alguna persona que era "sufridora de trabajos" y que resistía bien intemperies y privaciones. Hoy se desdeña al que no acolcha su morada y no reparte en ella ciertos aparatos de espantable catadura, que se llaman "radiadores".

Si alguno de los esteticistas ingleses que compraban muros para derribarlos, porque les estropeaban un paisaje favorito, descomponiendo la armonía de sus líneas encantadoras, pudiese ser consultado acerca de tales chismes, seguramente formularía una maldición sobre ellos. ¡Anatema! Y sin necesidad de llamar en mi auxilio a Ruskine, me basto para renegar de tal mueble.

No entiendo por qué los modernos desdeñan la forma y el aspecto de los objetos útiles. Atendida la utilidad, ¿qué trabajo costaría preocuparse un poco de la elegancia y gracia de cosas que estamos condenados a ver siempre ante nuestros ojos? Se diría que de propósito las hacen feas, de una fealdad triste y antipática. Así que un gran invento viene a enriquecer la serie de las conquistas prácticas de la ciencia -luz eléctrica, teléfono, calefacción central- los aparatos que han menester tales aplicaciones, entran en nuestros domicilios, trayendo una nota de fealdad insuperable. Actualmente, la luz eléctrica empieza a corregirse de su insoportable vulgaridad, y ya existen, aunque en corto número, aparatos elegantes y finos, lámparas un tanto artísticas. Pero el teléfono no pierde su traza quirúrgica, y los radiadores, insolentes, desmesurados, se han colado en las casas más refinadas, para despertar ideas entre fabriles y marítimas, a la vez que culinarias, porque semejan un paquete de gigantescos macarrones, que todavía no se han ablandado al cocerse.

Nadie me convencerá de que, estudiándolo bien, no se encuentre un diseño, un modelado, una hechura más tolerable, para esos artefactos que reparten calor; pero han conseguido llevar ventaja, en lo ridículo de su traza a los o las "chouverskis",

tan de moda hace veinte años. “Chouverskis”, salamandras, tortugas, compitieron en ordinariiez y mal gusto; sin embargo, los radiadores han demostrado que a todo hay quien gane. Y yo hago melancólicas reflexiones sobre la civilización.

Los pueblos que poseyeron enseres y cachivaches bonitos fueron, en tal respecto, felices. Nos conviene decorar estos cortos y azarosos días del vivir. Bronces y barros, hierros y vidrios, fueron arte en el antiguo hogar. Y la Edad media, que se vio tachada de tristeza ascética, explayó, al contrario, su alegría espiritual en las cosas materiales. Decidme si los pretenciosos hijos de una civilización empaçada de positivismo sabríamos discurrir cosa tan regocijada como la chimenea medieval.

Sólo conservándola o imitándola hemos conseguido algo que anime las horas luengas de la velada de otoño, en la aldea. Y cuando a la chimenea nos arrimamos, un sentido de felicidad tranquila penetra en nosotros, porque hemos vuelto a lo natural, a lo que hicieron los abuelos no tanto por desconocimiento de otros sistemas complicados, sino porque acataban la realidad, sencilla y lógica.

El fuego es eso, el calor es eso: ¡hogar!. Altas columnas sostienen la enorme campana. Pendiente de ella, un recipiente de cobre o de hierro se deja lamer la panza por las llamas tembladoras, y en su seno canta el agua hirviente su sonata rítmica. Cerca, la mesilla del té aguarda, tazas en fila y cucharillas en ristre, la hora de que las hojas arrugadas se esponjen y se haga la aromática infusión. Y me dirán que esto del té no es medieval, poco ni mucho. Convenido. En la Edad media se calentaría en la chimenea otra cosa: puches o vino con canela y cilantro. Es igual: quiere decir que el fuego de la chimenea prepara también la refacción, y asa las castañas, todavía medio verdes, y las espigas de maíz lechales, y seca las avellanas recién vareadas en el árbol...

No hay cosa como una chimenea de piedra, donde se consume el recio tronco, el cepo bien seco, de ardiente corazón. En su liminar esculpido, en sus capiteles rechonchos e historiados, juega el reflejo de la hoguera y finge cosas que despiertan el hervor de la fantasía. Quimeras y endriagos, alimañas que retuercen su cuerpo monstruoso, se encrespan, para lanzarse sobre quien, sentado en alto sitial, leyendo alguna crónica castellana, que habla de heroísmos, olvida que vive en tiempos de teléfonos y tranvías, de metropolitanos en proyecto y de calles destripadas, incesantemente removidas. El viento, aullando fuera, acrece la sensación de reposo, de plenitud, que produce la chimenea. Y la sensación, en gran parte, es debida a que la chimenea es bella, a que halaga el instinto artístico. No estaríais así, recogiendo dulcemente la quietud de la hora, si os calentase un radiador. En el calor hay clases.

Y mientras no incorporemos a la vida moderna una estética celosa que reine en todos los objetos necesarios para vivir, nuestra moderna civilización tendrá un lado enfermo, un espinazo torcido, una mano manca. El día en que se reconcilien cordialmente la belleza y la vida, entonces, y sólo entonces, confesaré que pertenecemos a una gran edad histórica. Hoy por hoy, siento que nuestra edad es inferior, mezquina, turbia. Hasta nuestros pucheros y nuestros almireces, hasta tan humildes prendas del doméstico ajuar, son caricaturas al lado de los modelos arcaicos. Del mobiliario nada digo. Sólo se salva y se defiende imitando al pie de la letra lo que fue: estilos, modas, caprichos, adornos.

Cuando la gente se convenza de tales verdades, se creará una Inspección y un personal técnico para proteger la hermosura y dar caza a lo feo, como se da caza a los bichos inmundos, arañas y ratones. Y entonces serán rotos a martillo los radiadores de la calefacción, y se discurrirá el modo de que la chimenea los reemplace, quedando oculto tras el granito, bordado por el tallista y el imaginero, ese grotesco haz de tubos, risiblemente embadurnado de purpurina.

Y discurro que lo mejor de todo es lo que estaba inventado; y casi sería mejor no inventar ya cosa alguna, sino perfeccionar lo existente. Será esto, en mí, fatiga y saturación, mas también pudiera ser honda filosofía. Alguna vez hemos de dar por consumada la obra de inquietud. Sentémonos al calor de la chimenea secular, donde se sueña el sueño...

La Condesa de Pardo Bazán.

8.- "Aracnes", 28 enero 1917, nº 13.233, p. 1.

¿Por qué no hablar de lo que nos importa, de aquello en que pusimos actividades y voluntad? ¿De qué pudiéramos andar mejor informados?

El Taller Central del Encaje ha entrado en un nuevo periodo de su existencia. Nació como se nace, con vigor escaso. El Ayuntamiento de Madrid y el ministerio de Instrucción pública le dispensaron una protección muy estimable, pero insuficiente todavía; porque ese aceite maravilloso, ese unguento que obra prodigios, ese bálsamo de Fierabrás que se llama el dinero, es lo que saca adelante las ideas y las va robusteciendo hasta convertirlas en espléndida realidad.

La idea que había presidido a la constitución de este Taller, tenía dos caras, como el bifronte Jano. Por la cara benéfica, servía para que bastantes niñas tobilleras y jovencitas espigadas, guapas en su mayor parte, ejerciesen una ocupación honrosa y aprendiesen un oficio que les asegurase el pan. Por la cara artística, se trataba de que en Madrid pudiesen ser confeccionados los puntos más bellos y ricos, no sólo entre los españoles, sino entre los extranjeros.

Al pronto, esta segunda idea alzó revuelo, y no faltó quien se encrespase. La gente es "ansí". A mí, por ejemplo, me echaron en rostro que iba a perjudicar a las encajeras gallegas, a las de mi propia tierra, suscitándoles una competencia fatal. Yo me daba perfectamente cuenta de que tal supuesto, a distancia, parecía verosímil; y, además, nadie que no esté muy bien enterado sabe lo que es un Taller y adónde alcanza su acción. Aunque el Taller del Encaje fuese diez veces más numeroso y se consagrara únicamente a las puntillas y entredoses que ordinariamente se labran en Galicia, y en no pequeña proporción se exportan a la América del Sur, escaso o ningún perjuicio originaría a esta industria, diseminada en numerosos pueblecillos de la costa, y completamente doméstica. Y siendo el Taller, como fue desde un principio, algo sintético, que aspiraba a fomentar el aprendizaje de muy diversos tipos de encaje extranjero y nacional, su carácter docente lo hacía tan inofensivo para Galicia como para Cataluña.

¡Hasta en nombre de Bélgica nos quisieron zaherir! ¡Era una crueldad aprovecharse -en estos mismos términos lo decían- de la situación de aquel pueblo desventurado para compararle en sus encajes, fabricándolos aquí! Es decir, que todas las industrias que durante la guerra se establezcan en España a fin de sustituir lo que ya no viene del Extranjero, serán censurables por despiadadas, y lo serán doblemente si quieren reemplazar lo que Bélgica nos enviaba cuando era próspera y feliz. No debiéramos cultivar rosas, puesto que los rosalistas de Bélgica han tenido que interrumpir su encantador comercio. Dejo a la consideración de cualquiera pensar lo que significan tales objeciones. Para todo el mundo ha de ser libre la práctica del trabajo, menos para un Taller de aprendizaje, establecido en Madrid.

Al cabo, fueron desvaneciéndose suspicacias, y a la vez, saliendo vencedor el

Taller en su tímida lucha por la vida. El Gobierno, representado en este caso por un ministro de Instrucción pública, cuyo nombre ni es necesario estampar, pues nadie ignora hasta qué punto semejantes iniciativas llevan su marca, subvencionó al Taller, que pudo así completar su personal e instalarse con cierta holgura y bastante decoro, en un piso de la calle de Argensola, número 6.

Las obreras hallaron en él calefacción, luz, mobiliario apropiado, cuarto para asearse, comodidad y confort, hasta el límite de los recursos de que dispone la Junta. La Junta se compone de señoras y de consejeros técnicos, que son pintores y escultores afamados. Entre las señoras figuran algunas conocidas por sus aficiones al Arte, y que se complacen en ofrecer modelos antiguos, a fin de que sean reproducidos en el Taller. Tal hizo la Vicepresidente, viuda de aquel gran paisajista Beruete, inolvidable y llorado, y el hombre más competente en historia del Arte que existía en su tiempo. Educó en estas disciplinas a su hijo, joven y ya muy celebrado crítico, al cual se deben varias obras de alta significación. La que fue esposa de aquel artista culto por excelencia, proporcionó al Taller fragmentos de un traje "goyesco" que es una maravilla de encaje español, de ese punto que en Francia se llamaría "Chantilly blanco", y aquí, si no me equivoco, Arenys de Mar. Por estas muestras se aprende a reproducir lo que parecía perdido, olvidado, sentenciado a desaparecer.

Otros primorosos puntos empiezan a confeccionarse allí, con sujeción a los modelos proporcionados por las bienhechoras damas, entre los cuales incluyo una bella colección, propiedad de la duquesa de Parcent. Voy contando todo esto, que forma parte de la por ahora breve historia del Taller de Madrid, para que se sepa que la tendencia más marcada de esta Institución es de arte, del primoroso y elegante arte del encaje que con tanto empeño y afán cultivan otras naciones como Italia y Francia, por ejemplo. Debo añadir, en honor de la sinceridad, que el Taller empezó dando primeros pasos vacilantes, y no refinando mucho su labor. No era esto culpa de las autorizadísimas personas que al frente de él se encontraban, sino de que en un Taller de aprendizaje hay que aprender primero, y luego realizar, ya en condiciones de perfección. Y las obreras no estaban formadas, no estaban duchas, y se propendía a los puntos vulgares y fáciles que se ven en todas partes y en que la labor cunde.

En corto tiempo, las circunstancias han cambiado. No diré que todo cuanto se hace en el Taller sea obra prima, pero sí afirmo que la tendencia general es a que domine lo escogido y lo delicado y raro, y que, a este paso, no tardará la Institución en colocarse donde debe, al frente de su especial industria artística, en nuestra patria.

Hoy ya se confeccionan allí el "valenciennes", el Venecia, el Brujas y la blanca española, y yo espero grandes adelantos en el Chantilly negro, y hasta sueño con el Alençon igual a los más selectos arcaicos. Ya han salido del Taller hermosas mantillas, ricos trozos de puntilla que reproducen viejas muestras. ¿Cómo he de creer que todo está hecho, que se han vencido todas las dificultades? Al contrario; las dificultades, en estas empresas, crecen de día en día, y durante algunos años, hasta que todo se consolida y remansa.

El campo de la propaganda, por ejemplo, está completamente inculto en el Taller del Encaje. Yo ruego a la Prensa que no nos deje en la zona de oscuridad y silencio. Necesitamos publicidad, para que haya encargos y compras en el Taller. Ningún lucro quiere, ni aun para la Institución, la Junta de señoras; no se trata aquí de una Empresa, de una lícita ganancia: se trata del sostenimiento e incremento de una idea, patriótica y cultural. Y la Prensa puede salvarnos, bombeando -¿por qué no se ha de usar por escrito una palabra que se oye a cada momento en la

conversación?- al taller y sus productos.

Las damas, por su parte, a no ser que supongan que lo extranjero, en el hecho de serlo, lleva indulgencias y bendición especial, serían muy simpáticas acudiendo al Taller algún día, sin compromiso de adquirir nada; pero sin preocupación adversa, con corazón de españolas. Hay en el Taller, verbigracia, una excelente “entoladora”, o sea remendadora de encajes, y ahora que se acerca la Semana Santa, es el momento de dar una vuelta a las mantillas ajadas y rotas, para que queden flamantes y rejuvenecidas. Como los pobres honrados, el Taller sólo pide trabajo, y que ese trabajo se cotice. Con tal objeto se ha destinado para la venta una sala coquetona, y se ha puesto una vendedora inteligente. Insisto: para ir al Taller, de diez de la mañana a seis de la tarde, y enterarse de lo que se hace allí, no es condición precisa gastar dinero. Lo que vea una señora, lo comunicará a sus amigas, y nos dispensará con ello singular favor. El más preciado de los favores: el espiritual. No nos va, en este empeño, nada de lo que se entiende por ventaja positiva, y que, a veces, no es tan positiva y auténtica como la que toca al alma. Nuestra alma quiere asegurar la honra y la existencia de muchas obreras hijas de Madrid, y difundir una enseñanza patriótica. Nuestras “Aracnes”, las arañitas de la almohadilla, tejen en su telar la unión del pasado glorioso con un porvenir que puede no serlo menos. Visiten, visiten el rincón de las “Aracnes”.

La Condesa de Pardo Bazán

9.- “Gragea y bombas”, 4 febrero 1917, nº 13.240, p. 1.

Aquel personaje de “Realidad” de Galdós, aquel Orozco, que ha descubierto, en trágicas circunstancias, la ingratitud del amigo y la infidelidad de la esposa -en la hora de agonía y sudor de sangre del alma que sigue a tales descubrimientos, encuentra un filosófico consuelo en pensar, cómo a los magníficos y radiantes cuerpos celestes que ve girar por el firmamento en sosegada noche, no les sacarían de su plácida indiferencia, los sufrimientos de una colonia de hormigas, que discurre por la superficie de un planeta minúsculo... Si no son estas las mismas palabras de Orozco, tal es la idea que expresó-, y, por cierto, no le faltaron entonces comentadores irónicos.

Es, sin embargo, de las más justas y profundas que ningún poeta dramático ha sugerido nunca a un personaje. Si podemos descentrarnos de nosotros mismos, de la pequeñez de nuestro interés egoísta, y mirar las cosas desde una totalidad ideal, por nuestro desprendimiento no elevamos a una altura desde la cual la región de lo sereno y de lo noble nos es accesible inmediatamente.

¿Y a qué viene esto ahora? Viene a que hay en la actualidad dos temas, de los cuales uno, especialmente, me afecta, y el otro es de un alcance general, grandioso, colectivo. Y del primero, puedo afirmar que no hago caso, hasta el extremo de no leer siquiera las informaciones, divagaciones, pareceres, opiniones, observaciones, dictámenes y juicios que estos días ruedan por la Prensa, y parecen refrescar la faz de la antigua Institución, recordando los versos de Richepin al mar:

*Oh! La vieille, la vieille, la vieille,
qui toujours aura quinze ans!*

Se comprenderá que el primer tema es el de la Academia de la Lengua, y el

segundo -vayan ustedes comparando-, la nota de Alemania.

Como se advierte sin necesidad de gran perspicacia, entre ambos temas existen diferencias apreciables. El primero, siempre secundario, ha sido planteado a deshora; el segundo, que se ha planteado él solo por la fuerza de la realidad, tiene que revestir trascendencia incalculable, y no sólo para el rincón donde nuestro hormiguero se rebulle, sino para los restantes hormigueros humanos de Europa y de Norteamérica.

Sobre el tema de la Academia, yo en particular, es tanto lo que tendría que decir, que no cabrá en menos de un libro, y voluminoso. Los intereses históricos han desviado la corriente de mis impresiones y todo lo de Academia y Academias me ha parecido mezquino y mínimo ante la terrorífica grandeza de lo que adviene, de la negra nube que avanza preñada de horror. En el instante actual, lo histórico absorbe lo demás, se lo traga, lo aniquila.

En Francia, en Italia, y no digamos si en Alemania, la literatura se ha quedado paralítica y clavada con un alfiler, al modo de esos insectos bonitos que los coleccionistas sujetan a un tablero, atontándolos antes con no sé qué droga. El literato más insigne de la Italia actual sale de su torre de marfil, de mosaico veneciano, o de toscana sillería, y se echa a volar militarmente, y casi se queda tuerto; y nadie se ocupa de un ojo que su dueño crearía no inferior al del dios Votan, que era el Sol. Varios literatos muy ilustres pagan su tributo a la muerte, en Francia y como si tal cosa. Un gran poeta belga, Verhaereen, sucumbe por un accidente fortuito, y apenas se le recuerda, en la Prensa ni en parte alguna. El momento en que las falanges griegas arremetían contra Troya, no es el mismo en que Homero o los homéridas, o quien fuese, tejió los cantos de la Ilíada. Y si el momento que atravesamos no es literario, la cuestión de la Academia tampoco, sino de personas, de nombres propios, de aspiraciones, de cosillas que todos nos sabemos de memoria. Sin duda que pudiéramos agitarlas con amenidad, y hasta contribuir a que el público se encontrase mejor informado de cómo los tinglados se arman; y aun cabe que acertásemos con la solución sencilla y justa de estas eternas cuestiones académicas, en las cuales hay algo que el público que no está entre bastidores, no entiende, y le induce a la protesta, a la extrañeza constante. Ese público no es el que lleva votos a un periódico, sino la masa que, como los arrecifes de coral en el Océano Pacífico, lentamente forman la sustancia de los continentes y de las islas gigantescas. Y ese público, en casos análogos al de hoy, se pierde y confunde en porqués, en cómo, en interrogaciones atónitas, en esa humilde y apagada manifestación de criterio, de antemano segura de su inutilidad, aunque, a la larga, en las evoluciones secretas, de ella salga todo, sin que lo sospeche ella misma.

Y esa mas, ahora, ¿cómo queréis que se preocupe de los que importa a treinta y tantos señores y a ciento y pico de aspirantes? ¡Bah! Cuando probablemente estamos amenazados de la guerra... ¿lo oís?, de la guerra... De una guerra así o así; de una guerra que tomará esta o la otra forma... platónica o aristotélica... Y eso es justamente lo terrible, o, por mejor decir, lo inquietante hasta el límite de la angustia: ignorar completamente, no poder ni sospechar qué aspectos revestirá la nueva fase de la tragedia hispana.

Tal ignorancia da margen igual al optimismo nacarado que al pesimismo más negro. Es lícito esperar que la vida nacional no se perturbe y entenebrezca tanto como afirman los agoreros; es no menos permitido temer trastornos sobreagudos. Cuando al Gobierno se le dirigen preguntas, nada tiene de raro que el Gobierno no las pueda contestar categóricamente. Aunque por patriotismo no estuviese obligado a la reserva, lo estaría por imposibilidad de predecir las sorpresas que nos amagan.

Ningún Gobierno, en trance tan decisivo, puede guiar los acontecimientos: son ellos los que le guían a él. Y ningún hombre nacido de mujer -a menos que fuese santo, y desde Maura hasta el conde de Romanones no se compone de políticos y estadistas el Santoral- le es dado hacer milagros, sino afrontar los conflictos, bravamente si puede, y astutamente, en todo caso, con esa astucia que fue alta cualidad de antiguos gobernantes, como Fernando el Católico, y que hace tiempo ha dejado de practicar España.

Cuando se consideran las causas de la decadencia española. Siempre se echa en olvido este dato: que España no practicó la astucia. Desde que “se abrió al cartaginés incautamente”, le quedó el resabio, y sólo Dios sabe cuántas señales de incauta dio entre su larga serie de proezas. En el Renacimiento, tuvimos un hombre extraordinario que lejos de practicar la incauta apertura, la obtuvo de los que podían ser para España obstáculo: que aprovechó toda circunstancia para engrandecer a su patria, para colocarla en el cenit del firmamento de la historia, y esto lo hizo concienzudamente, deliberadamente, como hacen las cosas los varones que saben mirar cara a cara al destino. Y a este varón, para mí el más singular que España ha contado entre sus hijos (aunque Colón sea gallego), le llama Enrique Heine, queriendo deprimirle, “el astuto Cortés”. ¡Astuto! Sí; pero por cuenta de España, no por cuenta propia, que él a fe no murió opulento, allá en su último asilo de Castilleja de la Cuesta, donde creería haber soñado toda aquella magia de los Imperios sometidos por el solo esfuerzo de su brazo, prez de la andante caballería.

Lo que más nos ha faltado es la astucia, la santa astucia patriótica. Ahora es imposible que nos la procuremos, como específico salvador que se adquiere en la situación apremiante. Ahora es preciso hacer frente al caso, con los recursos normales, y, a falta de adobada astucia, con prudencia.

Así que haya transcurrido esta hora grave, así que callen las bombas, es posible que recobre su interés circunscrito, su oportunidad, relativa, la contienda académica. Se rebullirá nuestro hormiguero, empezarán a desfilas las negras teorías, a llevar sus provisiones a la troj, a combatir y a auxiliarse, a caer y a levantarse rápidamente. Lo menudo recobrará sus fueros, que también los tiene; la gragea de sentimientos, de pretensiones, de necesidades, de utilidades, que salpica pintorescamente el magno pastel social -¡oh gragea de otro tiempo, y cómo atraías los ojos infantiles!-, volverá a ser un objeto y un atractivo de la vida...

La Condesa de Pardo Bazán.

12.- “Tomando el pulso”, 13.261, 25 febrero 1917.

Decíase corrientemente, hace algunos años, que el peor síntoma notado en España era la falta de pulso. En los enfermos graves, cuando el pulso “se escapa” es, en efecto, triste señal. Lo que querían expresar Silvela y otros prácticos, llamados a estudiar nuestros males, era que España padecía debilidad, no ciertamente congénita, sino adquirida.

Adquirida, ¿desde cuándo? Adquirida, ¿cómo? Muchas vueltas se le dieron al problema; muchas causas figuraron en la lista. Algunas se pegaban de cachetes con las otras. Porque cada cual veía la cuestión a la luz de sus opiniones políticas, religiosas, sociales, morales, y aun de sus intereses creados. Era pintoresco. Y se les causaría sorpresa sensacional si se les advirtiese que todos tenían su parte de

razón y, a la vez, que no acertaba ninguno. Acertaría el que afirmase que cualquier nación que lleva en su historia y tradiciones tales y cuales corrientes, o en su nuevo ideal determinadas tendencias, no se debilitará por afirmarlas intensamente, sino, al contrario, por dejarlas perderse en la arena, con languidez tropical. Para las naciones, como para los individuos, el problema capital es salvar su “yo”, evitar que se disuelva como la sal en el agua. “Que cada cual abunde en su propio sentido”; ordenó el Apóstol de las gentes. Y por eso, si estaban en lo cierto los que sostenían que España era esto y lo otro, se equivocaban al no comprender que vale más ser lo que se es, aunque malo, que no ser nada.

Estas reflexiones, que no creo profundas, las rumié con motivo de una lectura que me interesó mucho: la del discurso inaugural del Curso académico de 1916 a 1917, leído por el doctor Quintiliano Saldaña, en la Universidad Central. La impresión de este discurso se asoció en mí a la de otra lectura, mejor dicho, “relectura”: la de un libro de Stendhal, el fundador de la religión de la energía, o siquiera su predicador por escrito, ya que, con los hechos, lo fue Napoleón.

El doctor Saldaña, entre otros puntos de vista, expone el de la lucha, no por la existencia, sino por “la consistencia”; es decir, la batalla del individuo contra el medio, para no dejar aniquilar su yo. Esa misma batalla es la de las naciones, si bien se mira. Como el individuo, se resisten a la disolución. Resisten... o deben resistir; y cuando no resisten, o resisten flojamente y sin bríos, es cuando puede decirse que les falta el pulso, y todas esas cosas que se han murmurado en España.

Se lucha por la “consistencia” de mil modos. De tantos, que sería imposible recontarlos, pues hay uno, por lo menos, para cada pormenor de la vida diaria. Las ocasiones de pelear por la consistencia se presentan en serie de instantes. En tal disciplina, y en otras muchas, pudiéramos aprender bastante de nuestros grandes místicos y ascéticos. Enseñaron estos que todos los actos, hasta los más sencillos y vulgares, podían recibir alta significación, por el intento que en ellos se pusiese. Así, cuando San Francisco de Asís recogía del suelo un papel en que había escrito algo, mostraba su respeto hacia la sabiduría, y, en tal sentido, salvaba de ser pisoteada aquella escritura; no pudiendo, por consiguiente asimilarse su acción a la de un ama de casa cuidadosa, que no quiere ver en el suelo despojos y piltrafas. Y ambas intenciones, el homenaje a la ciencia y el prurito del aseo, buenas son, y sirven para santificar o para humanizar un acto sencillo.

Los místicos y los santos son esencialmente “voluntaristas”. Está, pues, cifrada la obra vivificadora de una nación, como la de un individuo, en emparar cada acción en una fuerte tintura de voluntad. Parece difícil y no lo es. Hay que habituarse, y el hábito lo facilita todo. Lo arduo es llegar a convencerse de que ha de ser así. Previo el convencimiento, lo demás se da por añadidura.

Stendahl, a quien nombré antes, fue el primero que formuló la teoría del “voluntarismo”, de la cual escribe Saldaña: “Es el “spiritus dominationis”, de los teólogos; el “desir of power”, de Hobbes; el “vouloir vivre”, de Espinosa; el “lebenswille”, de Shopenhauer; el “wille zur Macht”, de Nietzsche; el “élan vital”, de Bergson; el “imperialismo”, de Seilliére; origen radical de todas las acciones humanas, tendencia fundamental del ser a la expansión fuera de sí.” Leído el docto párrafo y pensando en España, no dejo de suspirar: “¡Ojalá le fuese aplicable!”. Porque no estoy del todo segura de que, en efecto, tal posición de espíritu, sea en España muy fundamental.

Al contrario. Nuestro problema sería suscitar ese espíritu, y que a todos nos agitate y nos impulsase poderosamente. Y no será muy aventurado escribir que lo que aquí se gasta de verdadera energía no nace de impulsos conscientes de la voluntad, sino de estímulos de necesidad inmediata. Se trabaja, por ejemplo,

porque si no se trabaja, no se come; es la idea de no tener pan que llevarse a la boca lo que hace trabajar. Y cádate que no basta. No basta, no. Tiene que ser el acicate de la voluntad libre, sin nada fatal de por medio, lo que lleve a la actividad y al desarrollo de la energía. Por eso consagro veneración íntima a los que, no necesitándolo materialmente, trabajan y ahondan.

La voluntad libre no es doblón de a ocho; hay muchos pensadores que no la aceptan. Pero al determinismo le han salido ya bastantes arrugas y pronto habrá que sacarlo en un cesto al sol.

Fresca tengo la lectura del nutrido estudio que el Sr. Morente dedica a la filosofía de Bergson. Como sabemos, Bergson marcha muy al frente del pensamiento contemporáneo. Algún día hablaré de su “Evolución creadora”. Y en el libro del Sr. Morente hallo este párrafo de doctrina de Bergson: “En realidad, los actos humanos no son imprevisibles porque su determinación sea muy complicada, sino porque su determinación es interna, íntima, totalmente distinta de la determinación física en el espacio; en una palabra, porque son libres”.

Lo mismo defiende Saldaña en su disertación. Partiendo de sus doctrinas de penalista, se inscribe resueltamente entre los partidarios de la libertad moral. La defiende contra Lombroso, y halla que el delincuente es un ser normal, en la mayor parte de los casos. Yo, sin autoridad científica alguna sostuve, sólo por mis observaciones de novelista, igual tesis, años ha, en mis artículos, publicados en el “Imparcial”, acerca de las teorías de Lombroso, tan exageradas además en la práctica penalista, que vino a suprimirse toda responsabilidad, y a ver locos dondequiera; locos los asesinos, locos los ladrones, locos los muy buenos y locos los peores... ¡Bah! Lo que prueba demasiado...

No nos hemos ido lejos, como parece, del asunto de aquella falta de pulso que se lamentó en España. La libertad moral es la raíz de la lucha por la consistencia, y aunque parezca que los pueblos no se guían por ideas filosóficas, en el fondo de todo hay un sedimento de filosofía que va depositándose y que, ignorado, influye sobre la voluntad eficazmente. Filosofías y religiones mueven a las multitudes.

Sólo que las enseñanzas reflexivas de la filosofía, pueden hallar obstáculos en la constitución mental de cada nación. Por eso empecé diciendo que vale más ser lo que se es, valga lo que valiere, que no ser nada. Y España no cultiva el voluntarismo: España tiende a reposar, no sé si de sus hazañas, en vez de imponerse labores perseverantes y que exijan vigor psíquico en ejercicio constante. España, llegado el caso, saca no sé de dónde fuerzas titánicas; pero, a diario, no habrá quien a los peninsulares nos convenza de que no es mejor encogerse de hombros, encender el pitillo, o discutir, sentados, de lo humano y lo divino, o azotar calles sin objeto; porque vagar es muy grato, y el sol una estufa simpática, y las mujeres un imán, y los espectáculos gratis un opio dulce. O mucho me engaño, o dada esta predisposición de la gente, aquí pesa grave responsabilidad sobre los individuos superiores, y sobre aquellos que, superiores o no, tienen en sus manos la potencia de defensa social, y pueden reaccionar contra el reblandecimiento de un medio ambiente tan difumador de energías. Los que entienden y los que mandan, y, con mayor razón, los que entienden y mandan a la vez, son los que han de combatir por la consistencia.

¡Vaya un articulito!, oigo que exclaman algunos de mis fieles lectores, entre los cuales no pocos son del parecer de que nada vale la pena de sacrificarse... Opinan como un castizo, que me decía: “Manda el médico, si he de curar, que no fume, que no haga esto o aquello, que no coma de esto y de lo otro. Y como me prohíben lo que más me gusta, lo único que me gusta, la verdad, prefiero morirme unos años antes y pasarlo bien mientras estoy aquí.”

No hay respuesta... Es decir, la hay, pero no convincente. Las respuestas no

son persuasivas sino cuando las llevamos dentro, cuando salen, por decirlo así, de nosotros, no de los que nos las dan. Y este “quid” de la energía es de los que ha de contestar cada uno después de consultar sus pulsaciones... A ver: contemos... una, dos...

La Condesa de Pardo Bazán.

13.- “El bardo Gundar”, 11 marzo 1917, nº 13.275, p. 1

¿No lo sabéis hadas saudosas del valle de Rouriz en tierras de Bergantiños? ¿No lo sabéis, viejos guerreros celtas, acostados bajo las pisotantes raíces de los pinos, y cuyos huesos, en las noches de luna, se estremecen al “bruar” de la sagrada selva, alineándose otra vez en orden de batalla? Vuestro bardo Gundar ha muerto... Ha ido a reunirse con sus padres, vuestro bardo, llevándose consigo intacta la poesía de la región triste, la de las gándaras esquivas. Con él se va una Galicia especial, sin arrullos, sin mimo, nervuda, hosca, “fea”, el mismo bardo lo dice... y melancólica, como el clangor de la campana que el bergantiñán oye desde su destierro. Con él se va lo ancestral, lo que suelda a la tierra con el hombre. Sí; Eduardo Pondal, es hasta tal punto la misma tierra donde canta, que parece amasado con ella. Sus versos vienen directamente de los pinos, al “zoar” en las noches de tormenta. Es un eco de la naturaleza típica, montañesa, donde se conserva una raza distinta, peculiar, alta, huesuda, imponente, que no cambia al través de los siglos.

Aquel semibohemio, tan indiferente a los intereses positivos y materiales; aquella “calamidad”, como le llamaban algunos de sus amigos, en vista de que no había manera de que se preocupase de cobrar sus rentas y era preciso hacerle por sorpresa un terno nuevo, cuando se le caía el que llevaba, fue el único hombre en España que, sin ridiculidad, pudo usar este título de bardo, que a lo mejor le dan a sí propios, con mucha formalidad, los copleros de seguidillas o los rimadores de odas pindáricas y sonetos argensolianos. Sólo a Pondal le fue lícito decir:

Pasajeros rumores de los pinos
que arrullasteis los días de mi infancia,
y encantasteis un tiempo mis oídos
sobre la oscura tierra de Brigandsia,
pasásteis, mas el bardo transeúnte
aun recuerda el rumor de vuestras alas.

Era el bardo por derecho propio, o al menos lo fue en lo mejor de su poesía, y acaso un sortilegio del hada Rouriz así lo quiso. Porque, en efecto, todas las influencias (excepto la de la tierra natal), le predisponían a la poesía artificiosa y de imitación, no siendo Pondal un espontáneo, ni un hombre de media cultura, sino un latinista y helenista, que leía a Horacio y Anacreonte en elegantes ediciones Elzevir, y además un romántico, en quien el falso Osian abrió la huella más profunda. Y, sin embargo, de las lecturas eruditas, del osianismo nebuloso, salió un poeta del terruño y de las primitivas edades, con todo su sabor y relieve, empapado de una comarca, expresándola sin afectaciones, ni blanduras, sintiéndola, en sí misma, con especial encanto grave y hondo.

Muchos años ha que, al dedicarle un estudio en el libro *De mi tierra*, lo observé: el poeta “natural” que en Pondal existía, era refractario a lo moderno, y la palabra

moderno tiene aquí un sentido amplísimo; desde el tiempo de los bardos, cuando rompen sus arpas, para Gundar, el del valle de Rouriz, es moderno todo. Bien sé lo que hay en esto de los bardos y del celtismo; pocas cuestiones tan debatidas y tan litigiosas. Por mucho que se quiera, no obstante, negar la existencia de una época céltica, de una civilización de ella dependiente, los más recientes e intensos estudios históricos y arqueológicos no permiten tales escepticismos; y la raza, con sus caracteres bien definidos, también es una realidad en Irlanda, en Galicia, en Bélgica... Los bardos y sus estrofas, Fingal, el de los rubios cabellos; Cailte, el de los ágiles pies, la legión de héroes y de poetas -ya es otra cosa y pudiera no pasar de aquellas encantadas regiones donde forja sus criaturas de luz la fantasía ardiente-. Lo que basta a la gloria de Pondal, en esta cuestión, es que su mundo bárdico parece naturalísimo, fruto de la tierra, como los marítimos pinos y las uces bravas, algo que no es literario, que no es artificioso; y, en tal concepto, superior a la fantasmagoría, tan anticuada, del osianismo de Macpherson.

Hoy se discute si Jesús vuelve. Para Pondal, como bardo, no había venido. Cuando se extendió el cristianismo, hadas y bardos cayeron en el triste crepúsculo, y San Patricio, el Apóstol de Irlanda, según la tradición, los consoló piadosamente, por lo cual los bardos, agradecidos, enseñaron a San Patricio los nombres de fuentes, ríos y montañas. Nombres célticos, que reaparecen en los versos de Pondal, y son lo más visible que queda del antiguo idioma; palabras que, sobre el arenal de la nueva habla, semejan conchillas que el mar no se lleva nunca. Para que Pondal fuese verdaderamente el bardo Gundar, necesitaría escribir en lengua gaélica. Y es tal la tiranía de la historia, que escribió en un romance neolatino.

Cuando surge un poeta de una originalidad tan auténtica, debiéramos conservarlo en una vitrina, como objeto precioso que pertenece a otras edades, y tener por atentado que esa originalidad sufra menoscabo alguno. Por eso condené yo en Pondal hasta el intento de intervenir en cosas sociales, lo que él llamaba su cuerda de hierro. Cuando oigo hablar de un Pondal demócrata, pongo un gesto como si me nombrasen a una doña María de Zayas sufragista. No me gusta que alteren las líneas de la fisonomía de Gundar. Ya que ha tenido y hemos tenido la rara suerte de que, por encima de influencias y sugerencias, apareciese esa musa selvática, casi iba a decir, bárbara, ese poeta de presa, que no suspira amores, sino que se apodera de la virgen "que acaso no conoce aún la primera lumación", en el oscuro seno de la gruta; como el gavián de la paloma, o como el oso del panal de miel, seríamos refractarios a todo sentido de belleza si quisiésemos convertirle en un Verhaeren, que rimaba sus ideas políticas. Yo encontraba que dos poetas, en España, eran de una pieza con sus versos: Mosén Cinto y Eduardo Pondal. Él, el de las esquivas gándaras, no logró tanta nombradía como el dulce cantor de la "Moreneta"... Hablaba de un país oscuro, de una gente tosca y primitiva, de ríos como el Langüelle, que, receloso, a semejanza del lobo, se oculta por no ver seres humanos. Pero sobre esta naturaleza fuerte y primitiva, el bardo ha tejido el velo de oro de la poesía más vibrante. Y esta región tiene ya su lugar en los mundos de la poesía, porque, donde aparece el poeta, por arte mágico se dirá que nace un panorama ideal, un nuevo sentir y ver, sobre parajes antes contemplados con indiferencia.

Creo que no seré sospechosa de falta de simpatía por el hábito franciscano; y me alegro saber (pues un alma es cosa preciosa), que lo pidió el bardo Gundar, en una de sus últimas composiciones, para cubrir sus mortales despojos. Pero Gundar, dentro de la verosimilitud poética, yace con el blanco manto de druida, coronada la sien de muérdago y rama fresca de pino. Y el sepulcro, o al menos el monumento que su región le debe, lo veo donde él lo quiso y reclamó, en el valle de Rouriz,

en el fondo de un pinar sombrío y constituido por trozos de granito sin labrar, que sostengan la figura de Rouriz, de su numen, labrada en negro bronce. Algo, en su género, como lo que se hizo para Chateaubriand, en las rocas del Grand Bé.

El sentimiento es cosa que puede cuajar en piedra. Yo no me resigno a que el bardo Gundar duerma en una necrópolis, cuando su espíritu debe flotar sobre las gándaras, y, en las noches de luna, asistir a los conciliábulo de las hadas, allá en las inmediaciones del cabo, que, según sus palabras, sueña con lo infinito.

La Condesa de Pardo Bazán.

14.- "Memento", 18 marzo 1917, nº13.282, p.1

"Sin duda es tarde ya para hablar de ella", dijo Musset. No, yo no creo que sea tarde todavía.

Dicenta era para mí uno de esos amigos a quienes vemos, a lo sumo, una vez al año. Cuando cae un gran escritor, de los de mi generación, aproximadamente, suelo interrogarme a mí misma. ¿Qué huella dejó en mi sensibilidad? He notado que la tal huella no suele estar en relación con el carácter externo de la vida y obras del que acaba de morir, ni aun con las afinidades que pueden existir entre sus ideas políticas y sociales y las que yo guardo sin proclamarlas, que a tanto no llega mi exaltación. Después de todo, es natural. No se recortan por patrón las simpatías, ni el hecho de pensar así o del otro modo influye tanto como se aparenta creer en el carácter, único dato decisivo.

No pretendo tampoco juzgar a los hombres por su manera de conducirse conmigo. Aparte de esta circunstancia, Dicenta, las contadas veces que pude hallarme en contacto con él, me pareció un literato sin las deformaciones profesionales, sin envidia, sin vanidad. Y soy aficionada a colocar la moneda en la boca del muerto, como se hacía en los pueblos antiguos. Así podrán disponer de un recurso más para pagar la barca de Caronte.

Quizá un día u otro mi parecer sea un argumento favorable a la personalidad del albañil romántico. De su dramaturgia, es decir, de la más saliente de sus obras, he hablado con todo el aprecio que merece. Para mí, tan digno de ser tomado en consideración es el gallardo Don Juan como Juan José, tiznado de yeso. El caso es acertar a conmover las fibras humanas.

El momento en que me produjo Dicenta mejor impresión se relaciona con el estreno de su zarzuela El duque de Gandía.

Ostentaba el ducado de Gandía entonces una de mis amigas, a la cual debo decir que le venía como anillo al dedo. Si las insignificantes facciones, dulces y débiles, que se ven en las medallas de Madonna Lucrecia Borgia fuesen aquellos rasgos tan bien delineados, de honda y trágica expresión, de la inolvidable Julia, habría que leer los párrafos que consagrarían a su tipo físico los historiadores, en monografías tan nutridas y bien documentadas como la del marqués de Laurencín. Bromeando, Julia se llamaba a sí misma "la Borgia"; pero de las dos ramas contrapuestas en que se divide la familia valenciana de Borja, la de los santos y la de los que, no sé si con entera justicia, pasan por réprobos, Julia prefería la que ha subido a los altares y profesaba a San Francisco de Borja devoción profunda. Sin embargo, a veces convenía conmigo que aquel valeroso aventurero César Borgia, el "gonfaloniero della Chiesa", el príncipe ideal de Maquiavelo, merecía alguna atención, y hasta admiración, por sus grandes intentos e iniciativas, y reconocía, habiendo leído

no pocos libros sobre el caso -pues era dama ilustradísima-, que si los Borgias no procediesen de España, los historiógrafos italianos fueran más benignos con ellos... En la revisión de las biografías de los grandes españoles que está por hacer, y en la de su misión histórica, los Borgias pudieran salir algo menos tiznados de lo que aparecen en dramas, novelas, crónicas y chismografías de su época.

Al anunciarse el estreno de "El duque de Gandía" el nombre del autor sobresaltó a Julia. ¿Cómo será tratado el Santo? Amén de santo, jesuíta...¡Dios sabe lo que le espera!... Y me comunicó sus temores. Yo, desde un principio, la tranquilicé, relativamente. El talento de Dicenta impedía recelar un rasgo de mal gusto ni de clerofobia. Así y todo, la Borgia sentíase intranquila y la propuse que saliese de dudas yendo a ver un ensayo.

Pareció de perlas la idea. Para realizarla nos fuimos al teatro de la Zarzuela aquella misma tarde. A la puerta nos cerraban el paso; pero con aplomo aseguramos que nos aguardaba "el autor" y que sería un olvido suyo no haber dado aviso. Lo creyeron y pasamos. En primera fila de butacas vimos a Dicenta: Acudió solícito y le advertí que la señora que acompañaba era "la Borgia", la duquesa de Gandía.

¡¡¡!!!

El semblante del dramaturgo expresó una sorpresa de primer grado. Sucédiale tal vez lo que nos sucede frecuentemente: que ciertos nombres no nos parece posible que los lleve hoy nadie; los creemos esfumados en los limbos de la historia. Recuerdo que al encontrar el apellido de Donoso Cortés en un señor extremeño sentí algo de extrañeza, como si no fuese la cosa más natural que los grandes hombres dejen una familia que continúe su descendencia. Dicenta tal vez no había pensado nunca que pudiese existir una duquesa de Gandía viva y actual. Pasado el primer asombro, extremó la cortesía. Y cuando supo el objeto de nuestra irrupción en el ensayo, la faz expresiva, los verdes ojos se iluminaron de condescendencia y bondad.

-No hay nada alarmante, duquesa. Va usted a verlo. Pero si algo la desagradase, dígamelo usted, que modificaremos lo que sea.

Ya sabrá usted -le dije yo-, y lo sabrá mejor que nadie, porque ha hecho el estudio del personaje, que San Francisco de Borja era poco menos santo antes de su conversión que después. Su conversión no fue una renuncia al pecado y a las aventuras de una vida azarosa, sino solamente una profunda sensación de la vanidad del mundo, que llevó a su alma, naturalmente contemplativa, a la renunciación de todas las aspiraciones profanas. La ocasión fue, sin duda, la muerte de la Emperatriz; pero no había tal enamoramiento, ni a lo Petrarca, ni a lo Bocaccio, y Campoamor se mostró más poeta que historiógrafo cuando escribió aquello de que la pobre doña Isabel de Portugal

miraba al Rey, su primo y compañero
con ojos que veían otra cosa...

Es cierto -contestó Dicenta-; pero con tales elementos solamente no se consigue nada dramático. Verán ustedes, sin embargo, cómo he procurado respetar la verdad, no haciendo del duque de Gandía un personaje folletinesco.

Yo no tengo a la vista aquella obra; pero, efectivamente, nada había en ella que desentonase. La misma Borgia oía complacida. Sólo un coro, en que el duque de Gandía salía con alborotados compañeros cantando algo báquico y alegre, la contrarió. Juan José estuvo al quite. Él arreglaría el coro.

Cuando nos despedimos, Julia me secreteó:

- No puede ser más amable. Estoy segura de que variará el coro. Vendremos al

estreno.

Y así sucedió punto por punto. Varió Dicenta el coro, dejándolo anodino. Fiadas en su palabra -y bien se ve que podíamos- ocupamos un palco en el estreno y aplaudimos a rabiar a nuestro poético albañil. Yo batí palmas con poco menos entusiasmo que una noche en Novedades, representando el papel de Juan José el propio autor. Jamás supe ver en el impresionante drama algo social, algo que minase los cimientos del orden, sino un hermoso estudio del amor y de los celos, de la pasión, lo que puede suceder en todo tiempo, en cualquier organización de las que corresponden a nuestro tipo europeo (porque las pasiones también presentan otros matices en civilizaciones muy distintas). Y por no ser social, ni político, “Juan José” perdura, se tiene de pie, mientras caen como las hojas tantas producciones dramáticas, aplaudidas un momento y olvidadas, porque en ellas no existe ese nervio del sentimiento humano, esa eterna palpitación que, como dijo Dante, mueve al Sol y a las demás estrellas.

No hago aquí un análisis de Juan José. Quiero expresar por qué me fue tan satisfactorio encontrar en Dicenta un espíritu lleno de transigencia, abierto, cordial. Yo admiraba al dramaturgo, y me hubiese contrariado reprochar al hombre una de esas mezquindades impropias de la superioridad. Y toda la vida hallé en Dicenta la misma amistosa disposición; y aunque tal vez a destiempo -dado el galope de los sucesos- dejó esta violeta en la tierra que le cubre.

La Condesa de Pardo Bazán

15.- “Bagatelas y fruslerías”, 25 marzo 1917, nº 13.289

Es muy natural que no “vistiéndose” nadie en Europa a la hora presente, estando hasta prohibido el escotarse para los teatros y sitios públicos, en las naciones beligerantes, y corriendo vientos muy fuertes de economía y parsimonia, las modistas y modistos franceses se vengan a Madrid a hacer propaganda, buscar clientela, lanzar personalmente sus estilos, y realizar, según he oído, buenos negocios.

Yo soy, como nadie ignora, muy admiradora de Francia; yo creo que por algo prefiere la mujer todo lo que trae la marca de París, para el toque de adornarse, emperifollarse, emperojarse (que viene a ser lo mismo) y realzar sus naturales encantos con todo lo que el arte y también la locura y la extravagancia inventan de nuevo y raro, y que tanto se diferencia de los verdes lampazos con que el Hacedor vistió a nuestra primera madre, allá en el Paraíso.

Debo, sin embargo, observar, al tratarse de este punto concreto, que la hegemonía de Francia en materia de moda, con estar reconocida y extenderse en circunstancias normales al mundo entero, va poco a poco siendo menos absoluta, a medida que cunde el conocimiento y cultivo de ese ramo de la industria artística en todas partes y en España también.

Al comenzar el último tercio del siglo XIX, pocas modistas de importancia existían en la villa y corte. Había sí, alguna madame Henriette o madame Hortense, que simultaneaban los sombreros y los vestidos, sin dejar de dar barzones por la ropa blanca; pero las españolas no practicaban las disciplinas de la coquetería por cuenta ajena; no se concebía una modista bautizada en la Paloma o en San Isidro; yo, por lo menos, no oía hablar a nadie de su modista madrileña. Poco después, el francés Besançon dictaba leyes al gusto. Y su dictadura duró bastante.

Al cabo, tímidamente, la modistería española fue saliendo de sus limbos. Una amiga mía, ingeniosa de suyo, aseguraba que olía mucho a cocido la modistería española. Le faltaba desenfado, picardigüela. El adquirir tales prendas fue laborioso, lento. ¿En qué industria no hay aprendizaje, no hay una cantidad de adaptación obtenida con el tiempo que transcurre? Hubiese sido milagroso que la modistería española llegase, desde los primeros pasos, a la conquista de la gracia y del garabato, que no cabe discutir a la de allende el Pirineo. La modistería francesa está bien organizada desde hace siglos, lo mismo que el ramo de industria artística que se designa con el vago nombre de “fantasía” y que abarca tantos menudos y varios objetos pertenecientes al tocado y decorado de la mujer. Tropezaba la modista española, entre otros obstáculos, con ese: no encontraba en las tiendas de Madrid accesorios, guarniciones; su imaginación no se estimulaba; no se podía combinar. La mayor rapidez de las comunicaciones -muy relativa, claro es- remedió un tanto el inconveniente.

Las modistas españolas dieron en hacer a cada estación su viajecito a París; lo mismo practicaron los dueños de los establecimientos que se llaman “tiendas de sedas” y abarcan la “fantasía”, cintas, bolsas, galones, bordados, botonería de arte. Aunque con restricciones innumerables y un recargo subido, pudo la modista encontrar aquí mucho de lo que necesitaba. En gran parte, bujerías que tanto cuestan pudieran muy bien fabricarse en Cataluña; ignoro por qué no sucede; valdría la pena de estudiar este problema, porque el ideal de toda nación es producir en cantidad suficiente lo que había de pedir al extranjero. Quizás la razón de que tengan que venir de París esas monerías y futelezas sea el que a ellas está vinculado algo tan tradicional allí como la sonrisa de la elegancia. Adquirir la elegancia era lo que necesitaba la naciente modistería española. Y, a trancos, va adquiriéndola. El antiguo género amazotado va desapareciendo de los talleres de Madrid. Han entrado por las telas blandas, las gasas suaves, las mezclas de piel y tul, el atrevido acuse de las formas, todas las tendencias contemporáneas, cuya significación merecería que un moralista la analizase despacio, porque estas cosas que parecen ligeras tienen su miga. La rigidez enfática de nuestro sentir, que tanto se revela en los trajes de nuestros siglos XVI y XVII, y hasta en nuestro modo de entender, en el XVIII, la transformación de María Antonieta (de lo cual poseo una muestra en un abanico español que es un figurín), esta rigidez que nos caracteriza más que otras cualidades y otros defectos, tiende a desaparecer. Es incompatible con la moda actual, con su evolución anárquica desde hace unos diez o doce años. Y estos años no los han desaprovechado las modistas de Madrid.

Claro es que no he de nombrar a ninguna. Ni es tampoco el presente artículo un alegato contra la modistería francesa. Nadie como yo reconoce sus méritos, y, sobre todo, (esto es lo que quisiera someter a la reflexión de mis compatriotas), nadie verá más claramente hasta qué punto la modistería, en Francia, no es brote aislado, sino, rama de un árbol frondosísimo, aspecto parcial de un conjunto de actividades encaminadas a lisonjear y afinar el gusto en mil terrenos. Y la fuerza de la modistería francesa está en eso: en tener a su alrededor un sinnúmero de industrias afines y en representar una tendencia general, un ambiente de nacionalidad y de raza.

Tendrá, pues, nuestra modistería que ser feudataria de la francesa mientras no creemos este ambiente, si de tanto somos capaces; habrá que recibir la consigna de París o de Londres, y hasta quién sabe si de Viena; pero la ejecución del decreto puede hallarse encomendada a manos españolas, que irán progresando en el desempeño de su cometido, si se ha de juzgar por lo ya logrado. Vendrá la especialización; habrá, como en Francia, obreras que sólo se encarguen de las mangas, otras que rematen los cuellos, y cada buen taller de modistería tendrá sus oficiales peleteras, sus bordadoras, como ya las tienen algunos.

La cuestión más complicada quizá sea la de los sombreros. Van haciéndose en Madrid; pero, por ahora, no acusan el rápido adelanto que he notado en la modistería.

Se hacen en todas partes, hasta en las instituciones docentes como parte de la enseñanza oficial. Tal vez pronto lleguen a tener estos sombreros la quisicosa indefinible que se llama “chic”. Acaso ya lo tengan; hablo de memoria porque no he registrado la producción de este instante. El sombrero necesita dos cosas: “chic” y corrección. La corrección es la solidez de la factura, solidez que impide que el sombrero se deforme; y la solidez debe obtenerse sin mengua de la levedad, sin que el sombrero pese y marque en la frente su aro duro.

¿Habéis visto nada más caricaturesco que un sombrero deformado? El sombrero tiene una condición curiosa: se deforma dentro del mismo cartón en que se guarda, sin haberlo usado jamás. Parece mentira; haga cualquiera la prueba: deje un año un sombrero en su caja y sáquelo al cabo de ese tiempo. A no ser una maravilla de solidez y corrección, el sombrero estará convertido en sera de higos pasos.

Algo resalta de lo que voy escribiendo; y es que debemos fijarnos en el avance de nuestra modistería y mirarlo con cariño. No censuro a quien viene de fuera, con maniqués vivos y surtido de modelos, al único mercado algo lucido que existe actualmente, exceptuada la América del Sur; y tampoco extraño que les atraiga la peseta, antes enferma y hoy tan sana y rozagante, que sólo en ella quieren cobrar los encargos que recogen; todo eso es lícito, especialmente si a la exhibición de pingos graciosos acompaña el derroche de cortesía y afabilidad que caracteriza al comercio de París; el que vende, nunca será bastante amable y respetuoso con el que compra (aunque no compre), y lo digo también para los de casa, pues es regla sin excepción. Yo me limito, respetando el gusto y capricho de cada cual, a insistir en recordar que nuestra modistería se halla en pleno progreso, y que hay tal vez superstición en suponer que lo extranjero es mejor siempre y en experimentar como vergüenza el reconocer que el traje que vestimos está hecho en Madrid. No hay que ser exclusivistas en nada, y sin encerrarnos en un patriotismo rancio y mal entendido, convendría que nos hiciésemos superiores al prejuicio de lo importado. ¡Y esto sin menoscabo de la cordialidad; fraternalmente!

La Condesa de Pardo Bazán.

16.- “Zurciendo”, 1 abril 1917, nº 13.296.

He aquí que dormís descuidados, porque hace seis meses que no oís mentar ciertos problemas... y de pronto, como diablillos proyectados fuera de su caja, los problemas surten despeluznados y pavorosos y os obligan a contemplarlos de frente.

La cuestión que ahora sale una vez más de su envoltura es aquella de los zurcidos que se suponen dados por la labradora Isabel la Católica, y que amagan desbaratarse arrancando la tela. Y lo que me ha refrescado la memoria de la cuestión, de las regiones que, impacientes, atirantan la cuerda que las une al viejo y noble árbol de la patria española, es una conferencia de D. Antonio Royo Vilanova en la Academia de Jurisprudencia y Legislación.

Tal conferencia es un estudio detenido y formal del estado de este asunto y de dos libros que fermenta y alza su masa: La nacionalidad catalana, de Prat de la Riba, y el de Durán y Ventosa, Regionalismo y federalismo. De todo teníamos

noticia, pero no por eso es menos útil la exposición, comentario o impugnación que hace el Sr. Royo Vilanova.

No pareciéndome práctico seguir aquí paso a paso tal exposición, me fijo sólo en un punto de vista, el lingüístico. Para los catalanistas, según la información del Sr. Royo, Cataluña es una nación, porque tiene un idioma. Y esta teoría es la que más me sorprende y menos me convence de todas las que propaga el catalanismo.

Soy defensora del idioma catalán; leo a sus poetas, entre los cuales hay insignes líricos; y ninguna extrañeza me causa el que en Cataluña se hable como se habló siempre, llegando mi convencimiento a considerar que el Poder central debiera autorizar el uso del catalán en los actos oficiales, porque las cosas son como son, y no como la ficción las pinta. Tal vez la que llamamos “Academia de la Lengua”, refiriéndonos solamente a la castellana, conviniera que se llamase “de las Lenguas españolas”. Si oficialmente se redacta, mal o bien, un Diccionario de la Lengua Castellana, ¿por qué no redactar el de la catalana, que es española igualmente? ¿Por qué restringir al castellano la actuación filológica y etimológica de un Cuerpo protegido y reconocido oficialmente, y en donde el exclusivismo puede ser hasta temeridad?

El catalán es, entre los idiomas regionales de España, el más copioso, formado, documentado, el que se habla lo mismo por la gente culta que por el pueblo; y gracias a estas condiciones, que nadie podrá negarle, ni aun discutirle, tiene perfecto derecho y perfecta realidad de existencia, y hay que contar con él como se cuenta con todo lo que es fuerte y positivo. El catalán, para mí, es digno de alta consideración literaria, y si puedo intensificar mi conocimiento de esa rama de la literatura general española, la explicaré en la Universidad, dentro de lo contemporáneo, lo mismo que explico la francesa y que explicaría la castellana; es decir, con igual interés y cariño. No comprendo por qué en las Historias de la Literatura que se publican –hablo en general-, hay un privilegio y una exclusiva a favor de las letras castellanas. A Cataluña no se la puede escamotear. Ya sé que todo ello es descuido y no mala intención, que no tendría razón de ser.

Hechas estas salvedades, no admito que todo país que posee un idioma propio, sea rico o pobre, vigoroso o feble, haya de constituir por ese hecho una nacionalidad.

Como D. Francisco Pi y Margall, citado por el Sr. Royo Vilanova, rechazo tal aseveración. Observa Pi que, en tal caso, tendría que formar nacionalidad con España la mitad de la América del Mediodía, casi toda la del Centro y gran parte de la del Norte, y en cambio, seccionarse en nacionalidades independientes Valencia, las Baleares y, añadido yo, Galicia.

Líbreme Dios de enfrascarme en consideraciones alrededor de la guerra; pero condensando impresiones, se me figura que, en la opinión general, cuando la guerra termine, quedará más afirmada la noción de las grandes y recias y bien trabadas nacionalidades. Venza quien venciere, y vayan los acontecimientos por donde quiera el destino, el enorme sacudimiento ha despertado el instinto nacional y patriótico. Se ha visto de realce que interesa tener patria, y que esa patria sea lo más férrea posible. Tal convicción será lo único en que estén conformes los enemigos que fieramente se combaten. Aunque parezca extraño, la guerra impone iguales aspiraciones a los pueblos. Las cosas van hacia nacionalismo de primer orden. Si Cataluña rompiese el zurcido, siempre tendría (con toda su auténtica personalidad) que incorporarse a otro Estado poderoso, donde se cumpliera la ley de la tendencia a la agrupación y la repugnancia al atomístico disgregamiento.

De la fuerza de unidad de las naciones constituidas tenemos un ejemplo en una de completa actualidad: Rusia. En mi libro *La revolución y la novela en*

Rusia dije que la unidad de ese monstruoso Estado, tamaño, según Alejandro de Humboldt, como el disco de la luna llena, no estribaba ni en la afinidad de razas, ni, naturalmente, de idiomas. En ninguna tierra existió tal amalgama, ni se sedimentaron tantas capas distintas de aluvión humano. Escitas, sármatas, celtas, germanos, godos, tártaros, mongoles y, ejerciendo la hegemonía, porque alguien ha de ejercerla, eslavos. Nótese algo curioso: en ese Imperio o ex Imperio, para hablar con mayor exactitud, hormiguan las sectas heréticas, como hice notar también en mi libro; pero son herejes del dogma de su Iglesia oficial, no herejes del dogma patriótico. Cualquiera que sea el giro que tome la revolución que presenciamos, no va contra la patria. Al contrario: con angustia, llama a todos al frente. Ese es el signo más claro de ortodoxia, en la hora crítica.

En la vasta y sorprendente literatura rusa no encontré, cuando especialmente la registraba, nada contra la unidad nacional. Los nihilistas que conocí en París eran más bien, y a su manera (todas las cosas son a la manera de cada cual), patriotas. No les oí suspirar por una nacionalidad desgajada, destroncada del territorio común. “Aún hoy (perdóneseme que me cite a mi propia) el nombre del atamán Mazepa, que quiso separar a Ucrania de Rusia, es un insulto en dialecto ucraniano, y su nombre maldecido en los templos”. No pretendo que los nombres de los señores Prat de la Riba y Durán y Ventosa sean renegados y les echen paulinas en la misa mayor; sólo quisiera que no nos deszurciesen el espléndido paño de damasco recamado de oro, con grandas de realce, en que las pulidas manos de Isabel se ejercitaron para crear una de las naciones que llamaré “formadoras”, comparable a Grecia... allá cuando Dios quería.

Según hace notar Royo Vilanova, Prat de la Riba entiende que la nacionalización catalana no la hizo el amor, sino el odio. El odio ¿a quién? Claro que a España...

Y yo sospecho que el odio es infecundo. Lo dijo la gran castellana: el mal del diablo es no poder amar. Me responderán que los nacionalistas catalanes aman a Cataluña. También la amo yo, ¡Vaya! La amo en sus glorias, en sus tradiciones, y también en sus actividades y en su trabajo ardiente y tenaz; la amo y la admiro, como se ama y se admira a la abeja; no la veo convertida en avispa furiosa, porque sé que no se puede juzgar a una región por sus minorías, sino por lo que en ella predomina y la caracteriza profundamente. Y no amando a Cataluña (que mil veces he visitado), ¿me atrevería a escrutar y recontar las bellezas de sus letras, al través del tesoro de su varonil idioma?

Adonde no llevemos un espíritu de amor, iremos en balde. El amor no es sentimentalismo, sino, casi en primer término, norma de justicia. Es también el amor instinto defensivo de lo que amamos; y obedeciendo a tal instinto, cogemos la aguja, la enhebramos y emprendemos la consolidación de aquellos zurcidos luminosos que no hicieron escalar las cimas más altas de la historia. Si supiésemos zurcir diestramente y tercamente, podríamos murmurar, al cortar el cabo de la hebra.

La tela se romperá por otra parte; pero por ahí ¡qué se ha de romper!

La Condesa de Pardo Bazán.

BIBLIOGRAFÍA

González Herrán, José Manuel (2002): "Artículo/cuentos en la literatura periodística de Clarín y Pardo Bazán", II Coloquio de la SLS XIX. La Elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX, Barcelona, Universitat, pp. 209-227.

Quesada Novás, Ángeles (2002), "Los Reyes Magos de Emilia Pardo Bazán", Moenia, 8, pp. 103 -112.

Seoane, M. C. y Sáiz, M.D. (1996): Historia del periodismo en España. 3.- El siglo XX. Madrid, Alianza.

- "Emilia Pardo Bazán", El Día, nº 2493, 14 de abril de 1887.

- "Un ofrecimiento del Gobierno alemán", El Día. Diario de la noche, nº 13.238, 2 de febrero de 1917, p. 1

- "Lo que dice la Pardo Bazán de la Real Academia Española", El Día. Diario de la noche, nº 13.243, 7 de febrero de 1917, p. 1.